JOSE A. y FERNANDO FERNANDEZ-PORTERO

José A. Fernández-Portero
Fernando "

Las minas de Costabella

COMEDIA

en tres actos y en prosa, original



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24

1914

LAS MINAS DE COSTABELLA

LAS MINAS DE COSTABELLA

COMEDIA

en tres actos y en prosa

ORIGINAL DE

JOSE A. y FERNANDO FERNANDEZ-PORTERO

Estrenada en el TEATRO ALVAREZ QUINTERO la noche del 5 de Noviembre de 1914



MADRID

E. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA 11 DUP.°

Teléfono número 551

1914

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
CHARITO SIERRA	SRA.	RUIZ.
DOÑA MATILDE ESPINOSA		MORERA.
DOÑA VICENTA RAMÍREZ		CARRASCO.
AGUSTINA DE LARA	SRTA.	DE LA MATA.
MARTA DE TRUEBA	SRA.	MONTALT.
DANIELA	SRTA.	CALLEJA.
ÁNGELA		AYALA.
DON BASILIO DE LARA	SR.	CASTILLA.
DON LEANDRO DE LARA		VICTORERO.
CAYETANO FARFÁN		AZAÑA.
EMILIO RUEDA		CÓRDOBA.
DON HILARIO RUY-GÓMEZ		PÉREZ SÁEZ.
ANDRÉS		CARRERAS.
TEODORO		RAMOS.
ANSELMO		MORENO.
COHETE		DE TIERRA.

Acción: Acto primero en Costabella, población que se supone en la Costa Cantábrica. Actos segundo y tercero en Madrid.

Epoca actual

Derecha é izquierda, las del actor

DESCRIPCION

Charito Sierra.—21 años. Muy elegante. Acto primero: traje de tarde. Acto segundo: traje de calle, sobretodo y gasa de viaje. Acto tercero: traje de paseo.

Doña Matilde Espinosa.—49 años. Algo ramplona en el vestir. Acto primero: traje de paseo. Acto segundo: traje de calle, sobretodo y gasa de viaje. Acto tercero: traje de calle.

Doña Vicenta Ramírez.—44 años. Elegancia vulgar. Acto tercero: traje de viaje y traje de casa.

Agustina de Lara.—23 años. Elegante. Acto tercero: traje de viaje y traje de casa.

Marta de Trueba.—31 años. Extremadamente elegante. Acto primero: traje de tarde.

Daniela.—19 años. Muy bien vestida. Vendedora de flores.

Angela.—20 años. Camarera. Traje negro y delantal blanco.

Don Basilio de Lara.—46 años. Elegante. Acto primero: de smoking. Acto segundo: de americana de interior, traje de americana; cuando marca el diálogo, sobretodo y gorra de viaje. Acto tercero: de americana de interior y en zapatillas.

Don Leandro de Lara.—54 años. Elegancia inglesa adocenada. Acto primero: de smoking. Acto segundo: de americana; cuando marca el diálogo, sobretodo y gorra de viaje. Acto tercero: de levita.

Cayetano Farfán.—42 años. Vestido vulgarmente. De americana.

Emilio Rueda.—32 años. Muy elegante. Acto primero: de americana. Acto segundo: cuando marca el diálogo, sobretodo y gorra de viaje.

Don Hilario Ruy-Gómez.—44 años. Elegancia rutinaria. Habla de un modo altisonante, campanudo y enfático. Acto segundo: de chaquet ó americana.

Andrés.—40 años. Camarero.

Teodoro.—28 años. Camarero.

Anselmo.—25 años. Criado. Librea moderna.

Cohete.—13 años. Botones. Librea moderna.

ACTO PRIMERO



EXPLICACIÓN DEL PLANO

1=Gradería.
2=Macetones.
3, 4, 5, 6, 7 y 8=Mesitas de terraza.
9=Butacas y sillas de terraza.
10=Balaustrada.
11=Puerta que conduce al interior del hotel.
12=Puerta acristalada que conduce al hall del hotel.
13=Banco de terraza.
14=Grandes candelabros de forma artística.
15=Macizo de flores.
16=Kiosco para la venta de flores.
17=Mesas de servicio. En estas mesas vasos, botellas, cubiertos, etc.
18 y 19=Sillas.

NOTAS. Sobre la mesa 8, varios periódicos y revistas ilustradas. Un gran toldo cubre toda la terraza. Las mesas 3, 6 y 7, están preparadas para la comida. Sobre las mesitas, lámparas eléctricas de comedor. En el kiosco 16, muchas flores, bouquets, etc., etc.

En Costabella. Un extremo de la gran terraza-comedor del Hotel de Escocia. (Véase el plano.) La terraza está en alto. Tras los árboles del parque-jardín, vése el mar. Todo de mucho gusto y elegante. Mes de Agosto; al anochecer.

—

(Antes de levantarse el telón, se oye, muy á lo lejos, en el parque, por término derecha, un vals de moda, tocado por una banda ú orquesta. Un tiempo. La escena sola. Un tiempo. TEODORO con un servicio de coktails, puerta 11. Vase por derecha. Un tiempo. La banda ú orquesta sigue tocando. DANIELA por gradería 1 con una cesta de flores. Se dirige al kiosco 16 y arregla las flores. Un tiempo. CAYETANO FARFÁN por gradería 1. Mira á todos lados. Se dirige á kiosco 16. La banda ú orquesta sigue tocando.)

Cay. (A Daniela.) Buenas tardes, joven.

Dan. Buenas. ¿Qué desea?

Cay. ¿Podría usted decirme si está en el hotel don Basilio de Lara?

Dan. (Con alegría.) ¿Don Basilio de Lara?

Cay. Sí, joven. ¿Le conoce usted?

Dan. ¡Ya lo creo! Es un señor muy bromista y muy simpático. (TEODORO con un servicio de

cerveza, por término derecha, se dirige á puerta 11.)
Vamos, muy barbián.

Cay. (Mirando á Daniela.) Eso es; muy barbián. El mismo. Coinciden las señas.

Dan. Es uno de mis mejores clientes.

Cay. ¡Ah! Siguen coincidiendo. Y dígame. ¿Está en el hotel ese predilecto cliente?

Dan. No, señor; don Basilio no está en Costabella.

Cay. ¿Cómo que no?

Dan. Yo, por lo menos, no le he visto. Pregunte usted á ese camarero. ¿Teodoro?

Teod. ¿Qué hay?

Dan. Este señor que pregunta por un huésped. (Sigue arreglando las flores.)

Cay. ¿Don Basilio de Lara, está en el hotel?

(ANDRÉS, puerta 11, con varios platos, servicios, etc., se dirige al fondo á mesa 17 y ordena los cubiertos, etc.)

Teod. ¿Don Basilio de Lara?

Cay. Sí, señor.

Teod. No sé, no le conozco; yo soy nuevo en la casa. Pregunte usted á mi compañero...

Cay. Pero...

Teod. Lo siento mucho, caballero, pero no puedo reponderle. Soy nuevo y tengo prisa. Lo siento mucho. (Vase puerta 11.)

Cay. Bien, bien, señor novato; no se aflija. (Se dirige á Andrés.) Buenas tardes.

And. Muy buenas. ¿Qué desea?

Cay. ¿Don Basilio de Lara, está en el hotel?

And. Ese señor no se encuentra en Costabella.

Cay. Que sí, hombre; debió llegar anoche...

And. Es cliente de la casa y no está en el hotel; sin embargo, pregunte usted al Conserje. Haga el favor.

Cay. Tiene que estar; no es posible de otra manera.

And. Pues vaya, vaya al Conserje...

Cay. Bueno; iré al Conserje.

And. (Señalando á puerta 12.) Por ahí, caballero, al fondo del patio; á la derecha.

Cay. Ya sé, ya sé...

(Vase Cayetano puerta 12. Andrés sigue arreglando mesas; cubiertos, etc. TEODORO, tras un tiempo, con un servicio de sandwichs, puerta 11.)

Teod. ¿Andrés?

And. ¿Qué hay?
Teod. El jefe te llama. (Vase término derecha.)
And. Voy en seguida.
(Un tiempo. Andrés, sigue arreglando cubiertos, copas, etc., en mesa 17. Un tiempo. Vase Andrés puerta 11. DANIELA entra en kiosco 16 y sigue arreglando las flores que antes trajo. La banda ú orquesta deja de tocar. Pausa. DON BASILIO DE LARA, por gradería 1 muy contento y satisfecho, tarareando el vals que acaban de tocar, se dirige á puerta 12.)
Dan. (Reconociendo á don Basilio.) ¡Calla! Si es don Basilio... Muy buenas, don Basilio.
Bas. ¡Hola, Danielita! ¿Qué tal?...
Dan. (Sale del kiosco 16; saluda á don Basilio y sigue arreglando las flores.) Perfectamente; ¿y usted?...
Bas. Bien. (Mirando a Daniela.) ¿Chica? Estás cada día más fresca y más suculenta. No sé cómo te las compones, hija...
Dan. Dejándome ir...
Bas. Pues párate, porque si continúas dejándote ir, no sé adónde llegarás...
Dan. No tenga usted cuidado, don Basilio; yo sé que no valgo nada...
Bas. No seas modesta; te aseguro que para curar la neurastenia no debes conocer rival...
Dan. Ja, ja; qué cosas tiene usted...
Bas. Las de siempre, Danielita, las de siempre... (Fijándose.) ¡Calla! Y te ha salido otro lunar... Este no es amigo mío. (Señalando á la mejilla izquierda de Daniela.)
Dan. (Sin enfadarse.) Las manos quitecitas, don Basilio...
Bas. Eso te digo yo; las manos quietas.
Dan. Cuándo va usted á ser formal...
Bas. Cuando desaparezcan del mundo las porcelanas de Sevres como tú...
Dan. Vaya, muchas gracias.
Bas. ¡Ay, Danielita! Si mi señora me lo permitiera te llevaba de doncella á mi casa..
Dan. ¿Don Basilio?
Bas. Pero, caray, qué bien has aprendido mi nombre...
Dan. Eso le demostrará el afecto en que se le tiene.
Bas. Pues óyeme, Daniela. Si me aprecias no me llames don Basilio...

Dan. ¿Cómo? ¿Se ha confirmado usted?

Bas. Déjate de citas sacramentales y no me llames don Basilio. Es un favor que te pido.

Dan. Bueno.

Bas. (Con cierto misterio.) Por cuestiones de alta política, que tú no comprenderías, debes llamarme don Jaime Villanueva ó simplemente don Jaime.

Dan. Como usted quiera, don Basilio...

Bas. Don Jaime, mujer, no seas torpe; porque puede comprometerme, Danielita.

Dan. Esté usted tranquilo, don Jaime. (Riéndose.) Precisamente antes de ayer otro buen parroquiano me hizo la misma advertencia.

Bas. ¿Sí? ¡Qué casualidad!

Dan. Y también por cuestiones de alta política.

Bas. Lo creo. Tú no te puedes imaginar cómo está la política. Una serie de embrollos y de líos. Vamos, un verdadero harapo, hija mía. (Se pasea.)

Dan. (Arreglando unas flores, tras un momento.) Mire qué claveles más lindos. Acabo de traerlos...

(ANDRES, puerta 11, con unos platos, servilletas, etc, que deja en mesa 17.)

Bas. Ya te comprendo, picaruela.

Dan. No crea usted que lo digo por...

Bas. Ya te comprendo, te repito. (Por las flores.) Sí, que son bonitos. Como estos, llevarás todas las tardes un buen ramo á mi habitación.

Dan. No le faltarán á usted ningún día. (Como recordando.) ¡Ah!

Bas. ¿Qué hay?

Dan. Hace un momento un caballero ha venido preguntando por usted.

Bas. ¿Por don Basilio ó por don Jaime?...

Dan. Por don Basilio.

Bas. (Con aprensión.) ¡Caray!... ¿Y qué le has dicho tú?...

Dan. Pues que usted no estaba en Costabella.

(Andrés se fija en don Basilio.)

Bas. Muy bien dicho; así me gusta, que seas discreta. A nadie diga que don Basilio está aquí... ¿Lo oyes?

Dan. Descuide usted...

And. (Con alegría.) ¿Don Basilio?...
Bas. ¿Eh?... (Fijándose en Andrés.) ¡Hola, Andrés!... ¿Cómo te va?
And. Perfectamente. ¿Otra vez por aquí?
Bas. Así parece...
And. ¿Cuándo ha venido?...
Bas. Anoche.
And. ¿Anoche?.. No es posible.
Bas. Bueno. Pues entonces tú me dirás cuándo he llegado.
And. Usted perdone, don Basilio. He querido decir que no comprendo cómo no he visto su nombre entre los de los viajeros que anoche llegaron.
Bas. Como que no está. Y apropósito. No me llames don Basilio; llámame don Jaime Villanueva. Vengo de incógnito.
And. Bueno. (Acercándose á don Basilio.) ¿Algún trapicheo, eh?
Bas. Y á ti, ¿qué te importa?
And. Nada. Usted disimule. Es que antes me preguntó por usted con bastante insistencia un sujeto de mala pinta.
Bas. ¿De mala pinta dices?
And. Sí, señor...
Dan. Es el mismo que le he dicho á usted.
Bas. ¿Pero ese mala pinta se dedica á conferenciar con todos vosotros?
And. Pues ahora le dejé con el Conserje, jurando y perjurando que usted está aquí; que necesariamente tiene que estar.
Bas. (Con cierto malestar.) ¿Quién podrá ser?... Bueno; vosotros insistid en mi ausencia... ¿eh?
Dan. ¡Naturalmente!
And. Pues no faltaba más. (Arregla para la comida la mesa 6.) ¿Y viene usted solo?
Bas. (Hojeando un periódico.) No; vengo... con mi hermana.
And. ¿Con la señorita Lucila?
Bas. No; con la otra.
Dan. ¿Con la señorita Felisa?... ¡Qué buena es!
(CHARITO SIERRA, por gradería 1; se dirige á kiosko 16.)
Bas. No, mujer. Con la otra. No acertais una.
And. ¿Pero cuántas hermanas tiene usted?
Bas. Una Comunidad... (Andrés se ríe; sigue arreglan-

do mesa 6. Don Basilio con un periódico. Va obscureciendo.) Y basta de preguntitas; que sois muy curiosos.

Char. Buenas tardes, Daniela.

(Don Basilio se fija en Charito.)

Dan. Muy buenas, señorita Rosario.

Char. ¿Están mis gardenias?

Dan. ¡Ya lo creo!... (Da á Charito un ramo de gardenias.) Aquí tiene usted; más frescas que la misma nieve.

(Don Basilio se fija más en Charito.)

Char. Sí que son bonitas. ¿Y claveles?

Dan. Ya no me quedan. Estos son de encargo...

Char. ¡Qué contrariedad!

Bas. No se contraríe, señorita; yo soy el propietario de esos claveles. Acéptelos como ofrenda que me atrevo á brindar á su peregrina simpatía.

Char. Agradezco mucho su ofrecimiento, pero me es imposible aceptar...

Bas. ¿Por qué?...

Char. Porque... una señora casada, como comprenderá...

Bas. ¡Ah!... ¿es usted casada? ¡Qué casualidad! Yo, también...

Char. ¿Tan joven?

Bas. Yo he sido siempre muy precoz. Conque ya ve que por nuestra analogía en el Registro civil, puede aceptar estas flores sin ninguna clase de capciosos reparos...

Char. Pero si no es necesario, caballero. Daniela me buscará otros.

Dan. Pues es claro.

Bas. Que Daniela me los proporcione á mí; y usted se queda con estos...

Char. Vaya, accedo. Mil gracias.

Dan. Pues entonces, tome usted, señorita; son preciosos. (Daniela da á Charito un ramo de claveles.)

Bas. Crea usted que me honra y que me hace el más dichoso de los hombres...

Char. Es usted muy simpático, caballero.

Bas. Y usted muy graciosa, señora.

Char. (Se dirige con los ramos á puerta 1.ª Haciendo mutis.) Adiós, simpático...

Bas. Adiós, graciosa. (Vase Charito puerta 12. Daniela

y Andrés se ríen.) Oye, Daniela? ¿Quién es esa figurita de biscuit?

Dan. Es la esposa del señor Ferrer de Juan.

Bas. ¿Ferrer de Juan?

Dan. Sí, señor, el compañero de usted.

Bas. ¿Cómo mi compañero?

Dan. El de la alta política...

Bas. ¡Ah! ¿Quieres tres duros y me dices el verdadero nombre de ese Ferrer de Juan?

Dan. ¡Oh!... eso no.

Bas. Cuatro duros.

Dan. Que no... Yo no descubro á nadie. Mire usted, Andrés también está en el secreto...

Bas. ¿Sí?... Andrés...

And. ¿Qué desea?

Bas. Haz el favor. Vamos á ver. Respóndeme con franqueza. ¿Cómo se llama el señor Ferrer de Juan?

And. Don Juan.

Bas. ¿Don Juan de Ferrer de Juan?

nd. Sí, señor...

Bas. ¡Caramba, capicúa! ¿Y nada más me puedes decir?

And. No, señor; ni por diez duros.

Bas. No; si yo no te ofrezco ni una perra gorda.

And. Como comprenderá usted los secretos son secretos...

Dan. Vsted lo que ha intentado es ponernos un lazo á ver si caíamos...

Bas. Entendeis de.. pasamanería más que yo... (MARTA DE TRUEBA por puerta 12; sale deprisa y un poco agitada.)

Marta Jaime... Jaime...

Bas. ¿Qué quieres?

Marta ¡Gracias á Dios! Hace más de media hora que te busco.

Bas. ¿Qué te pasa? Estás muy agitada, Marta...

Marta No es nada, no es nada... Dame quinientas pesetas...

Bas. ¡Zapateta! Dices que no es nada y me pides quinientas pesetas.

Marta Déjate ahora de reflexiones y dame ese dinero...

(Vase Andrés, puerta 11.)

Bas. ¿Pero no comprendes que la moderación y la parquedad?

Marta Acabarás... ¿O es que quieres que quede en ridículo?

Bas. Bueno, bueno; toma. (Sacando varios billetes de Banco de la cartera y entregándoselos á Marta. Daniela vase por la derecha.) Pero á este paso el que va á quedar en ridículo soy yo.

Marta (Nerviosa.) Trae, trae.

Bas. Toma; ¿y puede saberse al menos para qué quieres ahora esa colección de pesetas, Marta? Porque las gastas por kilos, hija...

Marta Para los caballitos...

(Andrés puerta 11, arregla mesa, etc.)

Bas. Mira que los caballos no dan más que coces.

Marta (Haciendo una caricia á don Basilio.) Ya tendré cuidado. Hasta luego, gorrioncito mío.

Bas. Hasta luego, paloma mensajera...

Marta ¿No me acompañas?

Bas. No, no; aquí te espero ó en el parque.

Marta Bueno; hasta después. (Se dirige á puerta 12. Al mismo tiempo, por puerta 12, CAYETANO, que tropieza con Marta. Don Basilio hojea un periódico á la derecha.) ¡Ay!

Cay. (Excusándose.) Usted dispense, señora.

Marta Bien debía usted llevar un poco más de cuidado.

(Vase Andrés, puerta 11.)

Cay. ¿Señora? Ha sido inconscientemente. Usted dispense. Venía de la obscuridad y me he deslumbrado.

Bas. Pero, ¿qué pasa? (Reconociendo á Cayetano.) ¡Si es Cayetano!

Cay. (Con cierta satisfacción.) ¡Caramba, él!

(Don Basilio sorprendido. Cayetano mira con insistencia á don Basilio.)

Marta Que te cuente lo ocurrido este caballero, si es que quiere. Yo tengo mucha prisa. (Vase puerta 12.)

Bas. Y yo también tengo muchísima prisa. Cuénteselo usted á ese camarero... (Quiere marcharse puerta 12.)

Cay. (Sujetando á don Basilio.) No, hombre; tú no te marchas...

Bas. Eres muy impertinente, Cayetano; déjame marchar.

Cay. ¿Basilio? Haz el favor de escucharme. Tres

días llevo buscándote por todos los hoteles de San Sebastián, de Santander y de Costabella.

Bas. No comprendo en qué pueda interesarme ese raid de boy-scout... Aquí, yo no te conozco, ni me llamo Basilio, ni me tutees. ¿Has entendido? Mis grandes especulaciones mineras así lo exigen. De modo que vete á la estación, espera paseándote por el andén el primer tren para Madrid y... que yo no te vea más.

Cay. ¿Es tu última palabra?

Bas. El ultimatum.

Cay. ¿Y si yo te dijera que no quiero obedecerte?

Bas. ¿Cayetano? No olvides que eres mi subordinado... Vete y déjame en paz. Y te repito que no me tutees...

Cay. Bueno, bueno; dispense usted. Ya me voy pero no será sin antes decirle que su hermano Leandro ha escrito diciendo que está en España y que de un día á otro llegará á Madrid.

Bas. (Vencido y con mucho interés.) Oye, tú, explícame eso...

Cay. A mí no me tutée usted. No tengo que darle más explicaciones. Hasta la vista. (Va á marcharse.)

Bas. No seas ciruelo, hombre. (Andrés y Teodoro entran y salen por puerta 11, arreglando las mesas, etc.) Déjate de sutilezas y habla.

Cay. Pues bueno; ya lo sabes. (Se sienta á la izquierda.) Además hace diez días que tu yerno no sé dónde anda.

Bas. ¡Qué sinvergüenza! ¡Qué atrocidad! Diez días...

Cay. No sé de qué te admiras... ¿Y tú?

Bas. Yo no llevo más que cuatro.

Cay. No discutamos pues hay algo más grave. Tu mujer y tu hija dicen que se aburren en «Los parrales» y que quieren regresar á Madrid, por lo que están deseando que Emilio y tú, vayais á recogerlas.

Bas. Ahora no puedo; asuntos urgentísimos, de una necesidad perentoria...

Cay. Todo el personal de tu Banca sabe que estás de excursión astronómica con la bella estrella Marta de Trueba.

Bas. ¿Yo? ¡Qué calumnia! Ya lo ves, Cayetano, ya lo ves. Solo me has encontrado... He venido á solucionar el asunto de minas que conoces.

Cay. Ya, ya lo veo. Y te digo muy formalmente como secretario tuyo y como hombre de confianza que tal cosa no puede seguir así. El día menos pensado tu esposa, la buenísima doña Vicenta, me pide, digo nos pide balance y á renglón seguido tú, tu yerno y yo, tenemos que emigrar al Mogreb por toda la vida. Esto es vergonzoso.

Bas. Yo dispongo de lo que es mío y á nadie tengo que darle cuenta.

Cay. No digas disparates, hombre. Tú no tienes tuya ni una peseta. ¿Vas á emplear conmigo desplantes de circo ecuestre?

Bas. Lo que voy es á darte una bofetada aquí, en plena terraza que van á creer que he puesto un petardo.

Cay. ¿Basilio?

Bas. ¿Cayetano? No sigas en ese diapasón. Vamos á lo importante... ¿Cómo has sabido tú que mi hermano Leandro?...

Cay. (Dando á don Basilio una carta y un telegrama.) Es verdad. Por esta carta y por este telegrama. Toma...

Bas. (Lee la carta y el telegrama.) ¿A ver?

Cay. Impensadamente los abrí. La carta es de Yokohama y como tengo tu permiso para...

Bas. (Dejando de leer la carta. Tras un momento.) Vaya complicación! ¡Pero qué cosas se le ocurren á mi hermano! Hace cuarenta años que no nos vemos y se le antoja venir á España en la peor ocasión que pudiera buscar... No sé, no sé que hacer...

Cay. ¿Me permites que opine, Basilio?...

Bas. Opina.

Cay. Tu hermano te dice que pasará unos días en Barcelona y de excursión por el Norte; de manera que lo único lógico y factible es que nos vayamos á Madrid en el primer tren, vas en seguida á «Los parrales», recoges á doña Vicenta y Agustina; y ya tranquilamente esperamos á don Leandro... ¿No te parece?

Bas. No puede ser, Cayetano. Yo necesito unos días; el negocio de minas que al Norte me ha traído no está resuelto aún. Mira; te vas tú, y si se presenta Leandro, le dices que asuntos urgentes...

Cay. Te expones á dar un soberano disgusto á don Leandro, y por tanto á tenerle que hacer la vista gorda á sus innumerables millones que son tu salvación... Tu hermano y su esposa son dos viejos de cuidado... Y si llegan á sospechar...

Bas. Para eso te tengo á ti, Cayetano, para que no sospechen... Nada; es asunto terminado.

Cay. Pero...

(MARTA y CHARITO puerta 12.)

Bas. ¡Chist! Ni una palabra más.

Cay. ¿Por qué?

Bas. Calla.

Marta (Con tristeza.) ¿Jaime? ¡Si vieras lo que me ha ocurrido! (Viendo á Cayetano. Extrañeza en Cayetano.) ¡Ah... perdón!...

Bas. Continúa, mujer; este es un buen amigo, casi un hermano. (Viendo á Charito.) ¿Pero son ustedes amigas?

Char. ¡Ya lo creo! Amiguísimas.

Bas. ¿Compañeras de .. colegio acaso?...

Marta Hemos trabajado durante mucho tiempo en el mismo teatro.

Bas. ¿Cómo? ¿La señora de Ferrer de Juan, es artista?

Char. Sí, señor.

Bas. Mucho que me alegro.

Char. ¿Y por qué?

Bas. Porque soy un admirador del Arte.

Cay. Y sobre todo de las artistas...

Char. Ya existe otro motivo más de simpatías entre ambos.

Marta ¿Jaime?... Necesito unas doscientas pesetas más.

Bas. Hija, siempre estás bisando.

Cay. ¡Ah! ¿Esta señora es Marta de Trueba?

Marta ¿Me conoce usted acaso?

Cay. De oídas... ¿Usted posee alguna mina por aquí?

Marta ¿Yo?

Bas. ¿Cayetano? No seas curioso y no te metas

en donde no te importa. (A Marta.) ¿Tú qué necesitabas?

Marta Unas doscientas pesetas.

Char. Es para cierta combinación que vamos á realizar en los caballitos Marta y yo...

Bas. (Sacando la cartera y contando unos billetes.) Nada he preguntado; yo no soy ni curioso ni indiscreto.

Cay. Es tu lema.

Bas. No me parezco á ti, mamarracho.

Char. Pues es lástima que no imite á don Jaime.

Cay. ¿Por qué, señora?

Char. Porque don Jaime es uno de los hombres más agradables y más barbianes que he conocído.

Marta Y que lo digas.

Bas. Son ustedes tan barbianas como yo.

Cay. Y que lo digas.

(EMILIO RUEDA queda parado en segundo término de la derecha, hablando con Andrés y con alguien que se supone dentro. Poco después Andrés vase puerta 11, por la que entra y sale con platos, cubiertos, etcétera. TEODORO también pasa de término derecha á puerta 11 con servicios, etc.)

Bas. (Dando á Marta unos billetes de Banco.) Vaya, toma.

(Cayetano se fija en Emilio. Reconoce á Emilio.)

Marta Gracias.

Cay. (A don Basilio.) Ya le tenemos...

Bas. ¿A quién?

Cay. A tu yerno Emilio.

Bas. ¿Eh?...

Marta ¿Vamos á hacer fortuna, niña?

Char. (Fijándose. Por Emilio.) Espérate; que ya está aquí mi esposo...

Bas. (Viendo á Emilio.) ¿Cómo? ¡Caray, ya estamos en familia!

Char. ¿Juanito?

Emi. Voy, voy en seguida... Dispensa un momento.

Marta ¿Ese es tu marido?

Char. Sí·

Marta Tiene buen tipo.

Emi. (A alguien que se supone dentro.) Pues hasta luego. ¿Vosotros comeréis en el hotel? Bien, bien. (Se dirige á Charito y Marta.)

Bas. (A Cayetano.) ¿Nos marchamos?
Cay. ¿Ya para qué?
Emi. ¡Calla! Estás muy bien acompañada.
Char. Es una amiguita...
Emi. ¿Y estos caballeros? (Reconociendo á don Basilio y á Cayetano. Trata de reprimir su sorpresa.) ¡Caramba, mi suegro!
Bas. Nosotros somos amigotes.
Char. Os presentaré. Marta de Trueba, esposa de este señor. (Por don Basilio.)
Emi. (Más dueño de sí.) ¡Ah! Tanto gusto...
Char. Juan de Ferrer de Juan, mi marido.
Cay. Bonito nombre.
Bas. No se incomode más, señora. Hace mucho tiempo que conozco á su cónyuge. Somos antiguos amigos y estamos muy acostumbrados á semejantes encuentros.
Char. ¿Sí?
Bas. Y además nos hemos casado en la misma parroquia.
Char. ¡Qué casualidad! Aunque al decir verdad, no me ha sorprendido la noticia.
Bas. Lo creo. Usted tiene una perspicacia kilométrica.
Char. No es precisamente perspicacia; es que tienen ustedes cierto parecido...
Emi. ¿Nosotros? ¿Y en qué nos parecemos?
Cay. En el tupé.
Bas. Que no me gustan tus reflexiones, Cayetano. Cállate y no seas avestruz. (Va obscureciendo sensiblemente.)
Cay. Mis reflexiones son hijas de las circunstancias...
Char. Pues haga usted el favor de no sacar esos parentescos. Nos está usted resultando algo sinapismo.
Bas. (Mirando un reloj.) ¡Caramba, qué tarde! ¿Esa combinación de los caballitos no puede dejarse para después de comer?

(DANIELA, por la derecha, va al kiosco 16 y arregla las flores.)

Char. Por nosotras no hay inconveniente... ¿Verdad?
Marta Naturalmente.
Bas. Pues entonces, á comer.
Char. ¿Unimos las mesas?

Bas. Desde luego... ¿Andrés?
And. ¿Qué desean?
Bas. Que nos sirvan la comida.
And. En seguida.
Bas. Oye. ¿Cuáles son nuestras mesas?
And. Esta y aquélla. (Por las 7 y 8.)
Bas. Bueno.
And. ¿Quieren ustedes unirlas?
Bas. Vete tú, ya nos arreglaremos nosotros. Ayudadme.
Cay. Voy.
Emi. Voy. (Entre los tres unen las mesas. Un tiempo.)
Char. Así estaremos más en intimidad...
Bas. Completamente en intimidad... (Vase Daniela por la derecha. Por las mesas.) Ea... Ya están juntitas...
Char. Eso es. Nos senteremos dos aquí; otros dos aquí, y don Cayetano aquí, en el centro, entre los cuatro... (Toma una cestita con frutas.) Con la cesta de los melocotones.

(DON LEANDRO por la derecha, observa la mesa del fondo y se dirige á Teodoro.)

Cay. ¡Qué puestecito!
Bas. El que te corresponde, hombre. Con los melocotones. (Arreglan la mesa con mucha alegría.)
Lean. ¿Camarero?
Teod. ¿Qué desea?
Lean. Mi mesa.
Teod. ¿Es reservada?
Lean. Claro, hombre; si no lo fuera no pediría mi mesa.
Teod. Es que como soy nuevo...
Lean. ¿Y á mí qué me cuenta usted?
Teod. Tiene usted razón. Espérese un momento. ¿Qué habitación tiene?
Lean. El 52. Ande pronto, que tengo prisa.
Teod. En seguida, en seguida... ¿Andrés?
And. ¿Qué hay?
Teod. La mesa reservada por el 52...
And. ¿El 52? (Consulta un carnet de notas. Tras un momento.) Es la 25... (Por la mesa 7.) Pero, caramba. Me he equivocado y la he dejado ocupar por esos señores.
Lean. ¿Cómo? (Vase Teodoro foro derecha. Entra y sale, lo mismo que Andrés.)
And. ¿Caballero? Por un error en mi carnet de

notas, la mesa de usted está ya ocupada. Yo le suplico que dispense por esta vez. No volverá á repetirse.

Lean. Nada de excusas. Ya le he dicho que siempre quiero la misma mesa y el mismo sitio. Es un capricho que usted tiene la obligación de respetar.

And. Pero por lo mismo que es un capricho...

Lean. He dicho que no. Quiero mi mesa. Pues no faltaba más.

And. Bueno; iré á suplicar á esos señores á ver si son más..

Lean. ¿Más qué? No tolero insinuaciones. ¿Usted se entera?

And. Bien, bien, caballero. (Andrés se dirige á don Basilio. DOÑA MATILDE puerta 12. Se dirige á don Leandro.)

Char. (Por la mesa en la que ha puesto flores.) ¿Eh? ¿Qué tal? ¿Qué les parece?

Bas. Un croquis del paraíso de Mahoma.

Emi. Un verdadero croquis.

And. ¿Don Basilio, digo, don Jaime?

Bas. ¿Qué hay, Andrés? No podrás quejarte de los camareros.

And. Es verdad.

Char. Sería muy exigente si se quejara.

Mat. (A don Leandro.) ¿Vamos á comer?

Lean. Espérate.

And. ¿Señores? Tengo un verdadero disgusto y no sé cómo decirles que...

Bas. ¿Qué pasa? Cuéntanos tus penas, hombre.

And. El caso es que esta mesa estaba tomada por ese señor, y equivocadamente la he dejado ocupar por ustedes...

Char. Nos van á estropear el croquis.

Emi. ¿Pero, ese señor no puede comer en otra mesa?

And. Dice que no...

Char. Sí que es amable...

Lean. ¿Esa alusión es á mí?

Char. ¿Y quién es usted?

Lean. Señora ó señorita. Yo soy el abonado á esa mesa que no estoy dispuesto á ceder.

Char. Pues entonces sí, señor; era á usted á quien me refería en mi anterior reflexión...

Lean. ¡Señora!

Bas. Intervengo yo, caballero. Por un error de este chico...

Lean. Sí, ya sé lo que ha pasado.

Bas. Entonces comprenderá usted...

Lean. Yo quiero lo que pago; es lo único que comprendo.

Bas. No se ponga en ese tono, porque no nos entenderemos.

Lean. Eso mismo le digo yo, caballero.

Mat. Pero, por Dios, hombre; no seas así.

And. Calma, calma.

Char. Debe usted cedernos la mesa. Es la obligación entre personas medianamente educadas.

Mat. Me parece que te ha llamado grosero.

Lean. Calla. (A don Basilio.) ¿Ha oído usted?

Bas. Sí, señor. ¿Qué hay?

Cay. Aguanta mecha, hombre.

Lean. ¿Y qué me responde usted?

Cay. Aguanta mecha.

Bas. Déjame. (A don Leandro.) Pues que me hago editor responsable de la admirablemente aplicada frase que acaba de decir esta señora...

Lean. ¿Luego se quedan con la mesa?

Bas. ¡Claro!

Lean. Eso lo veremos; la dirección de este hotel decidirá... ¿Me acompaña?

Char. Váyanse ustedes á comer al parque; allí hace más fresco y estarán mejor... (De las mesas miran y escuchan la discusión. Va obscureciendo. La escena está ya muy poco iluminada.)

Lean. Le advierto á usted, señora, que yo no sé entenderme con ninguna sufragista como usted.

Char. ¿Cómo sufragista? ¡Habrá desvergonzado!

Marta ¡Qué atrocidad!

Bas. Basta. Oiga usted, caballero...

Cay. Aguanta mecha.

Bas. Déjame en paz. (A don Leandro.) Si aquí hay alguna sufragista es la señora de usted, y le hago presente que estoy dispuesto á intercalarle esta silla entre esos cuatro cochinos pelos que le quedan... (Don Basilio coge una silla. Todos le sujetan. Esta escena muy rápida y muy movida.)

Marta ¡Por Dios, Jaime!
And. Es un escándalo.
Char. No se pierda usted.
Mat. No te pierdas.
Cay. No seas burro.
Emi. Haya lógica y calma.
(Casi al mismo tiempo.)

Bas. Dejadme, que le voy á convencer de que tengo razón.

Lean. (Flemático.) Dejadle, que se desahogue á lo golfo...

Bas. ¡Pero, dejadme, caramba!

Cay. Haga usted el favor de callarse.

Mat. Cállate, hombre.

Char. ¿No comprende usted que se va á ganar un silletazo?...

Lean. Terminemos. ¿Es usted caballero?

Bas. Más que usted, pamplinoso.

Lean. ¿Y dispuesto á sostener en el terreno *ad hoc* esas palabras?

Bas. Sí, señor; en todos los terrenos.

Lean. Eso es ya otra cosa. Ahora que se pone en el lugar de los hombres de honor, no tengo inconveniente en darle mi tarjeta. (Le da una tarjeta á don Basilio.)

Cay. Aguanta mecha. (A don Basilio.)

Bas. (Sin hacer caso á Cayetano. A don Leandro.) Bien; perfectamente. (Da una tarjeta á don Leandro.) Tome usted.

Lean. Gracias.

Char. (A Marta.) Ya se achica.

Marta Se nos prepara un buen día de campo.

Lean. Esta misma noche tendrá usted mis noticias concretas y definitivas...

Bas. Hago mías sus palabras...

Mat. Pero yo no puedo permitir que...

Lean. Tú te callas... Buenas tardes.

Bas. Muy buenas.

And. ¿Y la mesa, señor?

Lean. Ya no me importa. He quedado en mi lugar. Prepárenos usted otra cualquiera...

And. Bien. (Se dirige á la derecha.)

Char. ¡Qué pendenciero!

Cay. Y que le gusta quedar en su lugar.

Bas. (Leyendo la tarjeta.) ¡Zapateta! (Va corriendo á don Leandro.) Oiga usted, oiga usted. (Todos quieren evitar y sorpresa en todos. Con alegría y al mismo tiempo con inquietud.) ¿Pero usted quién es?

Lean. ¿Cómo que quién soy?
Bas. ¿Usted se llama Leandro de Lara?
Cay. ¿Eh?
Emi. ¿Cómo?
Lean. Sí, señor...
Bas. ¿De verdad? ¿Viene usted de Yokohama?
Lean. Sí; pero no comprendo...
Cay. (A don Basilio.) ¡Cállate, hombre! Aguanta mecha.
Bas. (Sin poderse contener.) No puedo; es la fuerza de la sangre. ¡Hermano de mi alma!... (Quiere abrazar á don Leandro.)
Lean. (Oponiéndose al abrazo.) ¿Eh? Poco á poco...
Mat. ¿Su hermano?
Cay. ¡Metió la pata!
Emi. ¡El tío! ¡Vaya ocasión!
(Casi al mismo tiempo.)
Lean. ¿Pero qué es esto? ¿Qué significa?
Bas. Abrázame. Soy tu hermano Basilio. ¿No me reconoces?
Lean. ¿Tú? (Lee la tarjeta.)
Mat. ¿Usted?
Bas. ¡Claro!
Lean. Pero si en la tarjeta que acaba de darme...
Bas. ¿Vas á hacer caso de una tarjeta, hombre?
Lean. ¿No es miedo ó una excusa para eludir el desafío? Mi hermano Basilio está en Madrid.
Bas. No, señor; está aquí y quiere abrazarte...
Lean. Pero...
Bas. ¿No ves la cicatriz de la pedrada que me diste cuando éramos pequeños, pedazo de bruto?
Lean. ¿A ver? Y es verdad... Venga un abrazo muy fuerte. ¡Hermano de mi alma!
(Se abrazan. Sorpresa en todos.)
Bas. Me parece increíble... Verte... y aquí... Y esta señora será Matilde... ¿Verdad?
Mat. La misma, hijo. Venga un abrazo.
Bas. Ya lo creo.
Lean. Mira que si llegamos á desafiarnos...
Bas. Pues y si llego á darte el silletazo...
Mat. ¡Qué atrocidad!
Bas. El hombre no es más que un adoquín con bigotes...
Char. Pero, ¿qué significa tal fraternidad? Que nos enteremos...

Lean. ¡Calla! ¿Y esta será Agustinita, no es verdad, Basilio?

Char. ¿Yo?

Bas. ¡Zapateta! (Haciendo señas á Charito.) ¡Claro! Agustinita, mi hija Agustinita...

Emi. Dí que sí á todo. (A Charito.)

Char. Bueno, bueno...

Mat. ¡Qué guapa y qué simpática parece!

Char. ¡Señora!

Mat. ¿Pero no nos abrazas?

Char. Naturalmente.

Bas. Perdónenla. Es muy corta...

Mat. Es muy salada...

Bas. ¡Uf! La mar de salada.

Lean. Y lo que ha crecido...

Bas. No mucho. Y eso que no ha tenido otra cosa que hacer.

Mat. Lo que te encuentro es muy cambiada al retrato que tenemos.

Char. ¿Cuál es el que tienen ustedes?

Mat. El de tu boda.

Char. ¡Oh! Ya se comprende. Estoy muy mal. En el de boda no me parezco absolutamente nada. ¿Verdad, papá?

Bas. Verdad, hija.

Mat. Ya te digo: no te hubiera conocido...

Char. Ni yo á usted, seguramente...

Mat. Es que has variado hasta de facciones...

Lean. No tanto, mujer... Yo no la encuentro tan cambiada...

Char. Usted me conoce un poco mejor, pero la tía tiene razón.

Bas. No, no, exagera algo. Lo que pasa es que el último retrato que os mandamos, el de la boda, está muy mal, muy retocado. Y además que Agustinita, desde su boda, lo confieso, ha cambiado mucho, es otra, completamente otra.

Lean. Pues indudablemente, has ganado en el cambio. Pero danos un beso, sobrina. Si vieras las ganas, los deseos que teníamos de verte, de abrazarte...

Mat. ¡Claro! Tantísimos años ausentes...

Char. ¿Pero yo les tengo que besar?

Lean. ¡Qué ocurrente eres!

Mat. ¡Es monísima!

Bas. Sí, mujer, bésales. Son tus tíos, tus tíos Matilde y Leandro. ¿Lo oyes? Y á unos tíos como éstos hay que besarles.

(Se encienden los candelabros 14. También se encienden las lámparas de comedor que hay en cada mesita. En el parque-jardín efecto de luz voltaica.)

Char. Bueno, vamos allá... (Se besan.)

Lean. Eres muy salada.

Ma ¿Y tu marido?

Bas. (Por Emilio.) Aquí le tienen ustedes...

Cay. ¡Aprieta!

Emi. Aquí me tienen ustedes, tíos.

Char. ¿Eh? ¿Qué les parece?

Lean. ¡Caramba! Es un guapo mozo. (Se abrazan.)

Mat. Has sabido escoger...

Emi. ¡Señora!

Bas. Vaya, vaya con Leandro. .

Lean. Pero, oye, Basilio. No me había fijado... Esta señora...

Mat. ¿Es tu mujer?

Bas. No, no es Vicenta... Vicenta está en... en...

Char. En Cestona, papá. Siempre te pasa lo mismo...

Bas. Eso es: en Cestina, digo en Cestona. Tomando los baños y las aguas y... ¿Sabes?...

Mat. ¡Ah! ¿No se encuentra bien?

Bas. No. Pero no es nada de cuidado...

Char. No es nada, tíos. Un poco de erisipela.

Mat. ¡Qué lástima! Lo que sufrirá la pobrecilla con una enfermedad tan antipática...

Char. Tiene muy poca...

Bas. Pero que muy poca.

Lean. Tanto mejor. Entonces, ¿esta señora?,..

Bas. Esta señora es la esposa de este caballero...

Cay. ¡Caracoles!

Bas. Cayetano Farfán, mi secretario y uno de mis mejores amigos; y su señora...

Marta (A Cayetano.) Sigamos la corriente.

Lean. Tanto gusto.

(Saludos. COHETE, puerta 12, mira á todos lados y se dirige á don Basilio.)

Bas. Y ahora me parece que podemos comer... A la mesa...

Lean. Desde luego,

Cohete ¿Don Jaime?

Bas. ¿Qué quieres, Cohete?
Lean. ¿Cómo don Jaime?
Bas. (Reaccionando.) Es á mi secretario, que es un poco sordo... (A Cayetano.) Conteste usted, don Jaime, que le busca Cohete.
Cay. ¿A mí?
Bas. Sí, hombre, á don Jaime...
Mat. Es extraordinario. Yo había creído entender que este caballero se llamaba Cayetano. (Todos ríen.)
Lean. Y yo, en efecto...
Char. ¿De verdad?
Cay. ¿Que yo me llamo Cayetano?...
Bas. Es fácil la confusión, porque Jaime y Cayetano...
Char. Son nombres que se parecen mucho aunque no lo parezca así de pronto... ¿Verdad? Jaime, Cayetano... Lo mismo, suena lo mismo. ¿No es cierto, tío?
Lean. Eres muy observadora...
Bas. ¿Y qué querías tú, Cohete? Escuche, don Jaime, don Jaime...
Cay. Ya, ya escucho...
Cohete Que aquí está un señor que quiere verle con mucha urgencia..,
Bas. Pues dile que vuelva. (Cohete va á marcharse.)
Cay. Hombre, no; mejor es que espere... (Cohete se detiene.)
Emi. Debe ser don Prudencio. Podía pasar aquí; dile que pase.
Cohete Bueno. (Cohete va á marcharse pero se detiene otra vez. Se oye una orquesta ó banda por la izquierda, que toca un aire de moda.)
Bas. No, no...
Lean. Que se espere á que comamos, ahora no queremos visitas inoportunas...
Cohete ¿Qué hago?
Char. Mira, Cohete; dile á ese señor que vuelva el mes que viene.
Cohete Bueno. (Vase Cohete puerta 12. Todos ríen.)
Bas. No te puedes imaginar mi alegría y la de toda mi familia.
Lean. ¡Bendita sea esta casualidad!
Char. ¡Ay, qué tía más simpática tengo!
Mat. Y lo que te quiere...

Lean. A la mesa; que aquí mismo pongan dos cubiertos más.

Char. Eso, eso es.

Emi. ¡Andrés!

And. En seguida. (Andrés va á Emilio y luego pone Andrés dos cubiertos más en las mesas juntas 7 y 8.)

Bas. (Con aires de satisfacción.) ¿Qué me dices, Cayetano?

Cay. ¡Basilio, ten mucho cuidado!

Bas. ¡Bah!

Lean. Estoy contentísimo por dos razones, querido Basilio.

Bas. ¿De verdad?

Lean. La primera, por estar reunido con mi familia, con todos vosotros á quienes tanto quiero. Y la segunda, porque... ¿No la adivináis?

Bas. Tú dirás, hombre...

Lean. Pues, porque voy á comer en esta mesa. (Por mesa 7.) Que es la mía.

Bas. ¡Caray, no eres olvidadizo, Leandro!

Lean. ¿Yo olvidadizo? Nunca. Quien me juega una mala partida me la paga con usura.

Bas. ¿Sí, eh?

Cay. (A don Basilio.) ¿Te has enterado? Ya te he dicho que tu hermano se las trae...

Bas. No me amargues la comida, Cayetano, haz el favor.

(Mucha animación. Medias palabras, etc. La banda ú orquesta sigue tocando. Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

-JARDIN.-

-TERRAZA-

-GABINETE -ROTONDA-

-GABINETE

-GABINETE.-

Derecha

Izquierda

EXPLICACIÓN DEL PLANO

1=Puerta que conduce al interior.
2=Puerta que conduce al despacho. Esta puerta es una cristalera.
3=Puerta que conduce á la entrada.
4 y 5=Ventanas.
6=Puerta que conduce al interior.
7=Piano; sobre el piano un reloj.
8=Lámpara lectora.
9=Butaquitas.
10=Mesita secretaire; sobre esta mesita periódicos y revistas ilustradas.
11=Silla.
12=Sofá.
13=Butaca.
14=Mesita.
15=Butaca.
16=Silla de piano.
17=Puerta que conduce al interior.
18=Mesa.

NOTAS. Una lámpara pende del techo del gabinete. Sobre al mesita secretaire 10, un aparato telefónico de forma caprichosa y elegante. Cortinas en las puertas 1 y 6. En la cristalera 2, gran cortinón. En la terraza y en la rotonda, muchas flores y mucha luz.

En casa de don Basilio de Lara. Gabinete distribuidor muy elegante.
Mes de Septiembre, por la mañana

—

(CHARITO SIERRA, sentada en silla 11. Habla por el teléfono que hay encima de mesa «secretaire» 10.)

Char. (En el teléfono.) Esta tarde sin falta iré... ¿Cómo?... No, no me ha sido posible... De ninguna manera. Son asuntos puramente de familia.

Bas. (Su voz por puerta 17.) No, no te incomodes, ni tengas prisa... Aun es muy temprano. Puedes continuar colocado horizontalmente.

(DON BASILIO, puerta 17.)

Char. (En el teléfono.) Ya le he dicho que esta tarde iré...

Bas. ¡Hola! ¿A quién telefoneas?

Char. ¡Chist!...

Bas. Bueno; me callo.

Char. (En el teléfono.) ¿Cómo?... Repita... No estoy

sorda. Es que ha llegado un zángano y está zumbando á mi alrededor...

Bas. Que te pico.

Char. Cállese. (En el teléfono) Bien. Pues hasta luego: Adiós y gracias... ¿Cómo?... Sí, sí; adiós.

Bas. ¿Con quién hablabas?

Char. Con don Enrique Jiménez.

Bas. ¿El empresario?

Char. Sí.

Bas. ¿Para qué? ¿No creo que intentes hacer un disparate?

Char. De ninguna manera.

Bas. ¡Ah! Me habías dado un susto...

Char. Esta tarde voy á firmar el contrato y pasado mañana debuto en Barcelona...

Bas. Eso no es posible, Charito... Tú no te puedes marchar de aquí hasta que encontremos una solución definitiva... Llevamos dos días terribles. Pero ya está todo relativamente solventado. Al portero le he convencido con veinte duros de que tú eres Agustina; toda la demás servidumbre es nueva. Conque hazme el favor de ser tú más prudente.

Char. Bueno, bueno, don Basilio. Mientras que he podido les he hecho el favor de permanecer con ustedes. Pero ahora ya me perjudica y me perjudica de un modo definitivo. De manera que aun sintiéndolo...

Bas. Pero no comprendes que...

Char. Los negocios son los negocios, don Basilio...

Bas. Eres intransigente. Vamos á ver. ¿En qué condiciones te vas á contratar?

Char. No, no; si ya estoy contratada...

Bas. Bueno, caray, no seas torpe. ¿Qué condiciones, qué precio? Eso es lo que quiero saber.

Char. Espérese. Uno, dos, tres, cuatro...

Bas. ¿Qué cuentas?

Char. Yo me entiendo... Cinco, seis y siete... Eso es... Siete mil quinientas pesetas y un beneficio...

Bas. ¡Caracoles!... Ni que fueras la bella Otero...

Char. ¿Es ironía?

Bas. Es reflexión...

Char. Es que yo...

Bas. ¿Para qué tomas la ofensiva, mujer? No te pongas greco-romana, porque no te sienta

bien el gesto de general en jefe. Escúchame, Charito. ¿Si te entrego un cheque por valor de siete mil quinientas pesetas, seguirás desempeñando tu papel de Agustina?

Char. Por siete mil quinientas pesetas, no.

Bas. ¿No? Es tu contrato...

Char. Pero olvida usted mi beneficio...

Bas. ¿Tu beneficio? ¿Y cuánto calculas?...

Char. Eso depende... En Barcelona soy queridísima. Además tengo buenos amigos... Chicos de dinero que...

Bas. No te fíes de los amigos, Charito... ¿Cerramos tratos por diez mil pesetas?

Char. Un poco más... once mil.

Bas. Pero, mujer, recapacita. Yo creo que diez mil pesetas y todos los gastos de manutención y alojamiento pagados es un negocio...

Char. Once mil pesetas; ni cincuenta céntimos menos... Y es un enorme sacrificio para mí; aun me parece poco, porque bien mirado...

Bas. Charito... La palabra es palabra. ¿Has dicho once mil pesetas? Pues once mil pesetas.

Char. Bueno. Pero por pocos días, ¿eh?

Bas. Los indispensables. ¿Hace?

Char. Hace.

Bas. Pues perfectamente. Luego te entregaré el cheque.

Char. ¿Cómo luego?

Bas. Luego, mujer...

Char. ¿Pero qué significa luego?...

Bas. Esta tarde, caray; que aprietas más que un usurero.

(DOÑA MATILDE y EMILIO puerta 3. Emilio muy cansado.)

Char. Bien, bien, conformes. Yo no soy exigente.

Mat. Buenos días.

Bas. Hola. (Con suma amabilidad.) ¿Qué tal el paseíto?

Mat. ¡Psch!..

Emi. De prueba de resistencia. (Sentándose a la derecha.) Estoy molido.

Mat. Eres muy exagerado para cansarte, sobrino.

Emi. Pero tía, por Dios, si parece usted una motocicleta...

Mat. ¡Bah! Esto no es andar. En Yokohama estamos acostumbrados á bebernos las leguas...

Emi. Es que estamos á muchas leguas de Yokohama.

Bas. Pues como si estuviéramos á dos pulgadas, Emilio.

Emi. ¿Sí, eh? Mañana va usted á acompañarla.

Bas. ¡Qué disparates dices! ¿Y mis ocupaciones?... ¿Y mi banca?... Las despacharías tú... ¿no es cierto? Bonito andaría todo...

Mat. No, no; si vendrá él, puesto que tiene la mañana libre... Y tú, ¿qué tal has dormido?

Char. Admirablemente. Toda la noche...

Mat. Y gran parte del día, hija. Esa es una costumbre muy fea. Se debe madrugar.

Bas. Siempre se lo estoy diciendo: Agustina, madruga. Madruga, Agustina.

Char. Pero siempre me lo dice usted entre once y doce del día.

Bas. ¡Claro! Por no despertarte antes; me da lástima.

Char. Sí, sí; le da á usted lástima de dejar su cama tan tempranito... ¿verdad?

Bas. ¿Cómo dices?...

Mat. La mimáis mucho. (Haciendo una caricia á Charito.) Ya, ya te lo mereces. (Besa á Charito.) En fin, hasta luego.

Char. ¿La acompaño?

Mat. No, hija; no es necesario. (Vase puerta 17.)

Bas. Has hecho muy mal, Emilio, en quejarte del paseo.

Emi. ¡Pero si estoy rendido! No lo he podido remediar. Mire usted. (Enseña á don Basilio las botas.)

Bas. ¿Qué? ¡Valiente porquería de botas!...

Emi. Pues es el segundo par que me compro para salir con esa globe trotter...

Bas. Hay que sufrirlo.

Char. Aprende de mí.

(CAYETANO puerta 3.)

Emi. Si ya sufro, pero...

Bas. No hay excusa que valga, Emilio; la situación es...

Cay. (En puerta 3.) ¿Se puede?

Bas. ¿Quién? ¿Eres tú? Pasa, hombre, pasa... ¿Cuándo has llegado? ¿Qué noticias traes?

Cay. Hombre, déjame descansar un minuto y en seguida será satisfecho tu interrogatorio...

Emi. ¿Saben ya algo?

Cay. Ante todo, buenos días...

Bas. Anda, hombre, y no seas cumplido.

Char. Hable usted, hombre...

Cay. Pues me fuí ayer por la mañana, de acuerdo con Basilio.

Bas. Esa parte ya la sabemos. (Charito se sienta en butaca 13 y hojea los periódicos de mesa 14.) Cayetano, no bromees.

Cay. Verán ustedes. Ví á doña Vicenta y Agustina; y siguen tan buenas...

Cas. ¿Pero vendrán?

Bay. No; nada de eso. Gracias á mi táctica maquiavélica, están ustedes salvados. (Sorpresa en todos.)

Bas. Bravo, Cayetano; indudablemente hay personas más distinguidas y mucho más inteligentes que tú; en eso no cabe duda... Pero más abnegadas, de ninguna manera.

Emi. ¿Y ellas, se han quedado tranquilas?...

Cay. Y convencidas hasta la saturación...

Bas. Ahora que Leandro y su cónyuge se marchen prontito y podemos sonreirnos de Carnegie y del palacio de la Paz...

Emi. Ya lo creo...

Cay. Por lo menos quince días son nuestros.

Bas. Ya ves. Nos sobran siete, porque en una semana todo volverá á su primitivo y deseado punto de partida...

Char. ¿Pero qué están diciendo ustedes? ¿Quince días aún he de estar yo aquí?

Bas. No; quince, no. Con siete tenemos bastante.

Char. ¡Oh, no; ni siete! No puede ser.

Bas. Mira; te suplico que no metas el zapatito, ¿eh?

Char. Mis condiciones...

Bas. Déjate de condiciones y cumple con lo prometido...

Char. Bueno; ya hablaremos despacio.

Emi. Hombre, y apropósito. (A Cayetano.) Necesito hablar con usted en cuanto antes porque tengo prisa.

Cay. ¿Hablar conmigo? Diga.

Emi. No, no; aquí no. Abajo en el despacho. Es sobre la negociación de unas letras que...

Bas. ¿Más letras, Emilio?
Cay. Siento decirle que no puedo escucharle...
Bas. ¡Claro!
Emi. Ahora es indispensable, don Basilio... Se refieren á la casa que... (Hace señas á don Basilio.) En la calle de...
Bas. ¡Ah! sí, sí. Cayetano, es cosa y casa formales. Atiéndelo; concédele el pourparler.
Cay. Mira, Basilio, que los libros van como Dios quiere; mira que estamos agotados, y como no finjamos un desfalco no va á haber justificación posible con doña Vicenta.
Bas. No seas jeremías, hombre; anda pronto y facilita á Emilio lo que necesite.
Cay ¿Lo que necesite, eh?
Emi. Sí, hombre; vamos...
Bas. No subrayes y obedece.
Cay. Ya he dicho que no puede ser.
Bas. ¿Pero aquí se va á hacer lo que tú quieras ó lo que á mí me dé la gana?
Cay. Bueno, bueno; vamos... Si por mí ..
Char. Es muy levantisco y muy económico este don Cayetano.
Cay. No lo crea usted.
Emi. Vamos...
Cay. (A Emilio, marchándose ambos por puerta 3) Ya ve usted; yo con poner mi trabajo á la luz del día...
Emi. Sin duda, pero...

(Vanse Cayetano y Emilio puerta 3.)

Char. Voy á escribir en seguida cuatro letras á mi empresario diciéndole lo que pasa.
Bas. ¿Lo que pasa? ¿Y á él qué le importa?...
Char. Me importa á mí justificarme.
Bas. Bueno; dale expresiones.
Char. Gracias. (Se dirige á mesa 10.)
Bas. Voy á arreglarme un poco mientras que esa marmota se levanta. El bueno de Leandro nos hace desayunar á medio día.
Char. Es una manía querer desayunar con nosotros.
Bas. ¡Pobre! ¡Nos quiere tanto, que hay que fastidiarse, Charito!...
Char. (Pisándose la cinta de un zapato.) ¡Ay! (Tropieza con un mueble.) Que me mato...
Bas. ¿Qué te pasa?

Char El lazo de este zapato que se ha soltado. ¡Qué inoportuno! (Se agacha para arreglarlo.)

Bas. De ninguna manera, mujer; permíteme. (Se pone de rodillas.)

Char. ¿Pero usted podrá?

Bas. ¡Ya lo creo!

Char. Pues se lo agradezco, porque con los corsés de moda... (Charito pone un pie en una rodilla de don Basilio.)

Bas. De nada, mujer; trae. Aunque fuera sin corsé. (Fijándose en el pie.) ¡Caray, Charito!

Char. ¿Qué?

Bas. ¿Sabes que tienes el pie como un cacahuet? ¡Vaya finura!

Char. Es algo proporcionado...

Bas. Es orfebrería pura. (Se detiene un rato.)

Char. Galante está la mañana... (Tras un momento.) ¿Pero no acierta?

Bas. Ya acierto, ya. Es que estoy un poco tarumba. Oye, ¿de qué son estas medias?

Char. ¡Don Basilio!...

Bas. ¡Qué tejido más raro y más bonito!

Char. ¿Le gusta á usted?

Bas. ¿Es seda ó cotón perlé? (Quiere examinarlo.)

Char. (Rechazando.) ¡Cuidado, don Basilio! Que nos estamos ocupando solamente de atar el lazo del zapato y no de abrochar unas botinas...

Bas. Dispensa, mujer, dispensa; son cuestiones de fronteras; es fácil la emigración... (Hace el lazo.) Ea. Listos. Ya está.

Char. Muchas gracias.

Bas. No hay de qué... Y me voy en seguida porque el hombre es muy torpe y muy bolo y...

Char. ¿Y qué?

Bas. Nada, nada; hasta luego; é inscríbeme, ¿eh? (Vase puerta 1.)

Char. Ja, ja; hasta luego. (Charito va á mesa 10. Se sienta en silla 11. Coge de mesa 10 papel y sobre. Toca un timbre y después escribe. Pausa. Termina de escribir y pone el sobre. Llama nuevamente. Un tiempo. ANGELA puerta 17 con un servicio de desayuno en una mesita; el desayuno es para 3. Fijándose.) ¿Pero qué traes ahí, Angela?

Ang. El desayuno, señorita.

Char. ¿Quién lo ha pedido?

Ang. Dispense, señorita. He creído que había us-

ted llamado para que sirviera el desayuno. Me lo llevaré.

Char. No, no; déjalo ya ahí. (Señala á la derecha.)

Ang. Bien. (Deja el servicio á la derecha, cerca de mesa 14.)

Char. (Dando á Angela una carta.) Toma. Que la lleven á su destino en seguida.

(DON LEANDRO, puerta 17, ve á Charito y pasa á la derecha. Observa.)

Ang. ¿Esperan contestación?

Char. No.

Ang. Bien. (Vase puerta 17.)

Lean. ¿Cartitas matinales tenemos?

Char. (Con un poco de sorpresa.) ¿Quién? (Viendo á don Leandro.) ¡Ah! ¿Es usted? Buenos días.

Lean. Muy buenos, salada. ¿A quién escribes?

Char. A una amiga. ¿Se descansó?

Lean. Perfectamente. (La besa en la frente, con marcada resignación en Charito. Don Leandro abraza con fuerzas á Charito.) ¿Y tú?

Char. Bien. (Doliéndose del abrazo.) ¡Ay!

Lean. (Sin dejar de abrazar á Charito.) ¿Qué te pasa?

Char. ¡Jesús, tío! Ya se ve que ha recuperado usted fuerzas con el sueño. Sí que debe haber dormido bien. ¡Caramba y qué manera de apretar!

Lean. Es que como soy miope... ¿sabes?... no preciso bien las distancias...

Char. ¡Ah, ya! Oiga usted, tío; y sus manos... ¿también son miopes?

Lean. Eres monísima. (Hace una caricia á Charito.)

Char. ¿Sí, eh? Usted sí que es mono. (Le hace una caricia.)

Lean. No te puedes imaginar lo feliz que me siento en esta casa. ¡Lástima que tan pronto os tenga que dejar!

Char. No pensemos en cosas tristes.

Lean. ¿Y Emilio?

Char. No sé; salió...

Lean. No me gusta absolutamente nada la vida matrimonial que hacéis.

Char. ¿Por qué?

Lean. Porque vivir por completo separados como vosotros, será muy moderno, todo lo que tú quieras, pero... es una costumbre muy fea, Agustina.

Char. Emilio lo quiere así.

Lean. Pues no lo comprendo, hija; es decir, sí lo comprendo en ciertos matrimonios; pero contigo, vamos, es una heregía...

Char. ¿Y qué quiere usted que yo haga?

Lean. Te sobra la razón. No tienes la culpa. Es el único defecto que encuentro á Emilio. Por lo demás es un excelente muchacho. ¡Qué formal, qué estudioso!...

Char. ¡Oh!

Lean. Y á propósito; me ha dicho Basilio que además de abogado es doctor en Filosofía y Letras.

Char. ¡Ya lo creo!... Sobre todo, en letras.

(DON BASILIO puerta 1.)

Bas. ¡Hola!

Lean. Buenos días. Hablando estábamos de tu yerno.

Bas. ¿De mi yerno? ¡Oh! Es un chico de oro.

Lean. Indudablemente has tenido buena suerte, Agustinita.

Char. No podía ser de otra manera, tío. Mi papá me escogió el marido...

Lean. Y así es él.

Bas. ¡Claro!

Char. Tan bueno como mi papá. Sigue sus mismos pasos.

Lean. A mí me encanta lo mismo que á Matilde. Comedido, probo, amante de la rectitud y de las buenas formas...

Bas. Más que nada amante de las buenas formas, Leandro. No te lo puedes figurar. En eso, es en lo que más se parece á mí..

Char. Y en lo comedido, papá.

Bas. También en lo comedido,

Lean. (Fijándose en derecha.) ¡Calla! Si ya está aquí el desayuno.

Char. Vamos, vamos á desayunar.

Bas. Santa palabra. (Se sientan á la derecha y sirven el desayuno.)

Lean. (Tras un momento.) Y de Vicenta; ¿buenas noticias?

Bas. Inmejorables, gracias á Dios. Siempre en sus baños de Mondariz.

Lean. ¿Mondariz?

Bas. (No acordándose.) No, hombre; en...

Char. (Que tampoco se acuerda.) Solares... digo, Cestona, papá... Eso es, Cestona; nunca te acuerdas del nombre de ese balneario...

Bas. ¡Y ya ves! Tengo allí á lo que más quiero en el mundo.

Lean. (Comiendo.) ¿Tardará mucho en volver?

Bas. No. Unos cuantos días...

Lean. ¿Por qué no vamos?

Bas. ¡Imposible, Leandro, imposible!

Lean. ¡Estará la pobre tan sola!

Bas. Más lo siento yo; pero la obligación es antes que nada...

Lean. Sin duda; y me encanta oirte hablar así. Una idea. Podemos marcharnos Agustinita y yo...

Bas. ¿Agustinita y tú? Es una idea genial.

Lean. ¿Qué te parece?

Bas. Hombre, por mí no hay inconveniente. (Haciendo señas á Charito con el pie y guiñándole.) Oponte...

Lean. Pues no hay más que hablar.

Bas. ¡Claro! (A Charito.) Oponte, oponte...

Char. No, no es posible, tío; mamá me encargó que no me separase de papá nunca... Es tan delicado...

Bas. Eso sí es verdad.

Lean. Nos vamos nosotros dos y se queda aquí contigo Matilde para cuidarte. Es su especialidad.

Char. Váyase usted con la tía... á Cestona...

Bas. Eso, eso; irse vosotros...

Lean. No, no; así no...

Char. Pues yo no puedo separarme de papá...

Bas. Pero, mujerr...

Char. Que no, papá; nadie te entiende como yo. Papá es hasta exagerado en el cumplimiento de su deber... No es vida la que lleva en cuanto se encuentre solo; ni duerme, ni come, ni pasea...

Bas. Hija... (Con la boca casi llena y hablando con trabajo.) Si no como, ni duermo, ni estoy tranquilo, es porque todo me parece poco para vosotros...

Char. (Tras un momento.) Y qué tal. ¿Le gusta Madrid?

Lean. Con entusiasmo; está por completo transfor-

mado. Lo que no quiero es marcharme de España sin ver Andalucía y sobre todo Málaga...

Bas. Ya haremos una excursión... porque supongo que pasarás aún unos días en España.

Lean. Pocos, bien pocos desgraciadamente... Y ahora, con el cablegrama que anoche recibí, no podemos estar más que los días justos.

Char. Hasta las ganas de desayunar se me han quitado.

Bas. ¿De manera que también en el Japón los obreros se declaran en huelga?

Lean. Ya lo creo. Antes íbamos muy bien con los japoneses de pura raza, pero desde que empezaron á cortarse la coleta vamos de mal en peor...

Bas. Hombre, precisamente lo contrario que sucede en España. Lo que son las latitudes.

Char. ¿Pero no se marcharán ustedes en seguida?

Lean. En seguida relativamente, no; pero muy pronto... Hicimos la torpeza de tomar billetes de ida y vuelta en el mismo vapor...

Bas. Pero, hombre; has hecho muy mal en tomar esos billetes de ida y vuelta...

Char. ¡Claro! Así apenas tendremos tiempo de tratarnos y conocernos...

Lean. No es posible de otra manera... Pero si la huelga se arregla y tanto os empeñáis... aunque perdamos los billetes...

Bas. No, no; eso no... Ante todo el deber. Ahora que hemos de aprovechar bien estos días... Precisemos para desarrollar nuestros planes. Por lo menos te tendremos quince días...

Lean. ¿Quince días? ¡Qué disparate!

Bas. Bueno; esfuerzos, no...

Lean. Si podemos contar con un par de meses...

Char. ¿Eh?

Bas. (Se atraganta.) ¡Azúcar!

Lean. Ya te lo decía... De ida y vuelta.

Bas. Caray con los viajes de ida y vuelta que se usan en Yokohama...

Char. Pues hay tiempo por delante.

Bas. Hasta para dedicarse á la aviación.

Char. ¡Vaya, con el tío! ¿Y tenía usted miedo de no conocer á mamá? Verá usted cómo no es

necesario que vayamos nosotros á recogerla. Viene ella...

Lean. ¿Sí?

Bas. Ya lo creo que sí; como que Vicenta tiene billete sencillo.

(ANSELMO puerta 3, con una tarjeta.)

Ans. (En puerta 3.) ¿Señor?...

Bas. ¿Qué quieres, Anselmo?

Ans. (Dando á don Basilio una tarjeta.) Este caballero que desea verle con suma urgencia.

Bas. (Leyendo la tarjeta.) «Hilario Ruy-Gómez.» No le conozco. ¿Y dice que necesita verme?

Ans. Con suma urgencia. Sí, señor; me ha dicho que aunque estuviera usted en la cama...

Bas. ¡Caramba! Dile que pase en seguida.

Ans. Bien. (Vase Anselmo puerta 3.)

Bas. ¿Quién será?

Lean. Yo, entretanto, voy á despachar el correo. (Charito toca un timbre.)

Bas. Sí, anda... Ahí, en mi despacho. (Señala á puerta 2)

Lean. Ya, ya lo conozco. Hasta luego.

Char. Hasta luego, tío.

Lean. Adiós, salada. (Vase Leandro puerta 2. La cortina de esta puerta está corrida. ANGELA puerta 17.)

Ang. ¿Llamaba la señorita?

Char. Llévate el desayuno.

Ang. Bien. (Angela recoge el servicio y vase puerta 17.)

Char. También me marcho... No se olvide del cheque...

Bas. No, no te vayas, Charito... Y déjate ahora de asuntos financieros.. Tengo miedo de quedarme solo...

Char. Pero...

Bas. Ya ves lo que pasa...

Char. ¿Y qué piensa usted hacer?

Bas. No sé; en la cabeza me bulle hasta el asesinato...

Char. ¡Por Dios, don Basilio!

Bas. Ya, ya me ha parecido á mí demasiado radical.

(ANSELMO é HILARIO RUY-GÓMEZ, puerta 3.)

Ans. (En puerta 3, á don Hilario.) Haga el favor de pasar...

Hil. Con permiso...

Bas. Pase, pase usted... (Vase Anselmo puerta 3.)

Hil. (Con voz campanuda.) ¿Es á don Basilio de Lara á quien tengo el honor de dirigirme?

Bas. Servidor.

Hil. (Saludando.) Tanto gusto...

Bas. El gusto es mío.

Hil. De los dos...

Bas. Gracias.

Hil. De nada.

Bas. Pues en paz.

Hil. (Saludando.) ¿Señorita?

Bas. Señora.

Hil. ¡Ah!

Bas. Es mi hija...

Char. ¿Caballero?

Hil. ¿Cómo su hija? ¿La otra?

Bas. ¿La otra? No, señor; esta es ésta. Yo no tengo más hija que ésta.

Hil. Perdóneme usted. O me han estafado, la verdad, ó usted tiene otra hija que como usted creía yo única en «Los parrales,» provincia de Avila...

Bas. (En voz baja y temiendo que se entere don Leandro.) Más bajo..

Hil. No; en la provincia de Avila...

Bas. (En voz baja.) ¿Pero usted quién es?

Hil. (Campanudo y pausado.) Hilario Ruy-Gómez...

Bas. (En voz baja.) Eso no nos dice nada...

Hil. (En voz alta y campanuda.) Verá usted cómo pronto salimos de confusiones. (Don Basilio, inquieto, mira á puerta 2.)

Bas. Ese es mi deseo. Siéntese antes.

Hil. Gracias. (Se sientan á la derecha. Siempre en voz alta y campanuda.) Pues como le decía y comprenderá usted mi sorpresa lo mismo que esta señora, en «Los parrales» vive doña Vicenta Ramírez. (Don Basilio tose.) Esposa de don Basilio de Lara; de usted según confesión propia.

Bas. Más bajo, haga el favor, que parece usted una trompeta...

Hil. ¿Más bajo? ¿Una trompeta?

Char. (En voz baja.) Sí, señor; que hable más bajo, más piano...

Hil. ¡Ah!..., bueno, bueno... (Empieza hablando más bajo y termina otra vez alto y campanudo.) En pocas palabras. Doña Vicenta y su bella hija

Agustina, tuvieron la amabilidad de despedirme ayer tarde en la estación del ferrocarril, y me suplicaron que les avisase que hoy por la mañana saldrían en automóvil para llegar aquí á mediodía.

Bas. ¿Eh? (Mira rápidamente el reloj.) Eso no puede ser...

Char. Imposible. Usted se ha enterado mal.

Hil. ¿Cómo que no? Aquí precisamente traigo una postal que iban á depositar en el ambulante cuando yo me ofrecí... (Entregando á don Basilio una postal.) Tome usted...

Bas. ¿A ver? (Lee febrilmente la postal.)

Hil. Ahí le especifican lo que en breves palabras yo les he dicho.

Char. Pero hable usted más bajo, caramba.

Hil. Aunque sea indiscreción. ¿Por qué ese empeño de hablar bajo?

Char. A mi padre le duele mucho la cabeza. Padece unas neuralgias espantosas.

Bas. Como que mi cabeza es un caos... (Se sienta á la derecha anonadado. Don Hilario le mira con compasión.) Y es verdad que vienen...

Hil. (A Charito.) Pues me alegro poder ser útil... Verá usted. Si le duele la cabeza no hay otra medicina como el Neurol...

Char. No le conozco...

Hil. El Neurol es producto nuevo. Yo como padezco con frecuencia, siempre llevo conmigo dos ó tres gránulos á prevención. Permítame...

Char. Si no es necesario. Ya le pasará...

Hil. (En voz baja y obstinadamente.) De ninguna manera. Verá usted qué cosa más sencilla de tomar. (Saca la cartera y de la cartera un pequeño frasquito con un específico.)

Bas. (Con la postal que antes le entregó don Hilario.) Y si vienen y descubren el engaño, ella me mata, y los otros me desheredan y me descuartizan...

Hil. Debe de estar delirando...

Char. Ya le he dicho que se pone muy malo.

Hil. Verá usted cómo me da las gracias... Estos gránulos... (Va á mesa 14 y echa agua en un vaso.) se echan en un vaso de agua, agítese... y en paz. (Hace.)

Char. ¿Pero por qué se incomoda?

Hil. ¡Por Dios! Es casi una obra de misericordia. Listo. Ea. Haga usted que lo tome. (Da á Charito el vaso con el agua.)

Char. Bueno... ¿Papá?

Bas. ¿Qué quieres?

Char. Toma este poquito de agua que...

Bas. Gracias, hija... (Toma el vaso de agua.) Bien que la necesito. (Haciendo un gesto de mal sabor.) ¿Pero á qué sabe este agua?

Hil. A Neurol.

Bas. ¿A qué?

Hil. Neurol. Es un producto nuevo...

Char. Como te dolía tanto la cabeza, este señor, ha sido tan amable, que te ha preparado un medicamento.

Bas. ¿Sí, eh? Vaya, muchas gracias por su atención farmacéutica. (Deja el vaso en mesita 14.) ¿Ataca á la bilis?...

Hil. También. Verá usted lo admirablemente que le sienta...

Bas. Bueno. Le repito las gracias y por nosotros no se detenga en hacernos cumplidos...

Char. De ninguna manera...

Hil. ¡Oh!... no...

Bas. Nosotros no le detenemos. Usted tiene que hacer y..

Char. Nada más molesto que la etiqueta.

Hil. Esperaré un poco más á ver si el específico...

Bas. De ninguna manera; no faltaba más...

Char. Usted se marcha ahora mismo...

Bas. Pero que ahora mismo...

Hil. Bien, bien; no resisto á la amabilidad exquisita de ustedes...

Bas. He tenido un verdadero gusto...

Hil. Y yo lo mismo... (A Charito.) A los pies de usted...

Char. Beso á usted la mano... (Se dirigen á puerta 3.)

Hil. Y ya sabe usted que en mí tiene un incondicional. En la calle de don Nicolás María de Rivero.

Bas. Sin duda. Igualmente, en esta casa .. Siga, siga esa alameda, al final está la verja...

Hil. De acuerdo. Buenas tardes, que se alivie. (Vase don Hilario puerta 3.)

Bas. Gracias. Todo derecho... (Viendo marchar á don Hilario.) Vete con Dios, mala pata.

Char. Y ahora mismito me da usted mi dinero, que yo me marcho...

Bas. Eso es todo lo que se te ocurre .. ¿Verdad? ¡Ingrata! Y yo que esperaba tener en ti una amiga mas leal que una terranova...

Char. Pero, ¿qué remedio queda? De usted es toda la culpa.

Bas. ¿Mía?

Char. Pues claro; con haber guardado el incógnito cuando el desafío de Costabella...

Bas. No lo pude remediar, mujer. Quiero mucho á mi hermano y sobre todo, aquél desafío, al verificarse, se hubiera convertido en un espantoso fraticidio con resultados para mí más espantosos todavía. (Como inspirándose.) ¡Ah! Una idea luminosa, única, de magnífica solución. (Muy contento é inquieto; mira el reloj.)

Char. ¿Qué es?

Bas. Ahora mismo nos marchamos todos á Málaga, pero que ahora mismo. (Va á puerta 2.)

Char. Así me gusta. Que no se achique usted.

(CAYETANO, puerta 17. Trae un pliego.)

Bas. Yo qué me he de achicar, mientras que tenga un kilométrico en el bolsillo.

Cay. Un momento, Basilio.

Bas. (Con indignación.) Ven aquí, ladrón.

Cay. ¿Qué pasa?

Char. Buena la ha hecho usted.

Bas. Si eres un idiota.

Cay. Insultos, no...

Bas. ¿Y aún te creces? ¡Maldita sea tu estampa! (Va á pegarle. Cayetano huye) ¿No decías que podíamos estar tranquilos?... ¿Que por lo menos en quince días no había que temer?

Cay. ¿Pero qué ha pasado?

Bas. Por carta te lo explicaremos. Ahora tienes bastante con saber que nos vamos á Málaga, porque vienen. (En puerta 2.) ¿Leandro?... ¿Leandro?

(Don Basilio, sin darse cuenta, sigue con la postal que antes le dió don Hilario, en una mano.)

Cay. ¿Se ha vuelto loco?

Char. Por confiar en usted.

Bas. (En puerta segunda.) Ven, ven en seguida.

Lean. (Saliendo tras un momento por puerta 2.) ¿Qué ocurre?

Bas. La cosa más peregrina. Acabo de recibir una postal de Vicenta. (Juguetea con la postal.) ¿A que no sabes de dónde?

Lean. No caigo.

Bas. Desde Málaga.

Cay. Estoy hecho un queso, Charito.

Char. Ya se le conoce en la cara.

Bas. ¡Eh! ¿Qué tal?

Lean. Bueno... ¿Y qué?

Bas. ¿Y qué? ¿No adivinas, hombre? ¡Parece mentira!

Lean. Déjame leer la postal.

Bas. (Cayendo en la torpeza, rápidamente esconde la postal.) ¿Qué postal? (A Charito.) Toma. (Charito toma la postal rápidamente.)

Lean. La que tenías en esa mano.

Bas. ¿Yo?

Lean. Sí, hombre.

Bas. No; lo que yo tenía en la mano era un papel sin importancia. (Señalando a un punto del suelo.) Míralo. Ahí está. La postal se la entregué á Agustina.

Char. (Entregando la postal a Cayetano.) Tome usted. (Cayetano guarda la postal con disimulo) ¿Qué dices, papá?

Bas. ¿Dónde está la postal de tu madre que te entregué antes?

Char. ¿Se la llevó don Cayeta... Jaime...

Cay. Sí; la tengo en el despacho. Por inadvertencia, me la llevé con otros pliegos. Si la necesitan...

Lean. Pues claro...

Bas. No, Leandro, no; no es necesario. Vicenta nos dice que está en Málaga, y se me ha ocurrido que nos vayamos todos á sorprenderla... Como ella no sabe que estais aquí...

Lean. ¿Y cuándo quieres que vayamos?

Bas. Ahora mismo. ¿Qué te parece?

Lean. ¿Pero ahora mismo?

Bas. ¿No son tus deseos conocer Málaga? Pues vamos á conocerla. (Mirando un reloj.) Dentro de tres cuartos de hora sale el tren expreso. ¡Oh, tenemos tiempo sobrado!

Char. Ya lo creo. Sobradísimo.

Bas. Conque, anda, Leandro. ¿A ti no te gustan las improvisaciones?

Lean. Mucho; es verdad. Pero esto no es una improvisación, sino un cohete.

Bas. ¿Has dicho un cohete? ¡Qué gracioso!... Un cohete. (A Charito) Ríete.

Char. (Se ríe. A Cayetano.) Ríase usted, hombre. (Cayetano se ríe.)

Bas. Anda, Leandro: vete en seguida á arreglar la maleta ahora que estás de buen humor. Si perdemos este tren no le daremos la sorpresa á Vicenta.

(Don Basilio empuja á don Leandro á puerta 17.)

Char. ¡Claro! Entonces sería al revés.

Lean. Bueno, bueno. ¿Sabe ya algo Matilde?

Bas. Sí, hombre; está acabándose de arreglar.

Lean. ¡Pero qué perentorio y expeditivo eres! En fin, hasta en seguida.

Bas. Date prisa, date prisa.

Lean. Sí, hombre, sí.

(Vase Leandro puerta 17.)

Bas. (A Charito.) Y tú, vete en seguida á decirle á Matilde que nos vamos, y que os arregléis prontito

Char. ¿Y cree usted que la convenceré?

Bas. No divagues, Charito.

Char. Ya veremos, ya veremos. ¡Valiente lío!

(Vase Charito puerta 6.)

Bas. ¡Tú, Iscariote!

Cay. ¿Eh?

Bas. Pide un coche corriendo, corriendo.

Cay. No entiendo una palabra.

Bas. No importa. Mejor. Pide el vehículo y obedece...

(EMILIO, puerta 3.)

Cay. Pero...

Emi. Esto no puede continuar así. Mire usted, don Basilio.

Bas. Hombre, llegas con oportunidad. Arregla la maleta y vente con nosotros.

Emi. ¿Adónde?

Bas. No preguntes, Emilio, no preguntes; que Cayetano te lo explique todo. Yo no tengo tiempo. Date prisa.

(Vase don Basilio puerta 1.)

Emi. Usted dirá, Cayetano.

Cay. ¿Yo? Si no sé ni entiendo una palabra de lo que pasa.

Emi. ¿Cómo? Mi suegro me ha dicho que usted me explicaría este viaje relámpago.

Cay. Y á mí me ha prometido una carta con esas explicaciones. Es todo lo que le puedo decir. Con su permiso, voy á avisar el carruaje.

(Vase Cayetano puerta 3.)

Emi. ¿Qué nuevo embrollo es este? Voy á enterarme.

(Vase puerta 17. Pausa. Se oye un timbre tocado con mucha fuerza por la izquierda. Un tiempo. El timbre suena con más fuerza. Un tiempo. ANGELA, puerta 17. Otra vez se oye el timbre con más fuerza.)

Ang. Voy, voy...

(Muy aprisa, casi corriendo, vase puerta 1. Un tiempo. ANGELA, puerta 1, casi corriendo, vase puerta 17. Un tiempo. Se oye el mizmo timbre de antes con más fuerza. Un tiempo. ANGELA, puerta 17, con una maleta. DON BASILIO, puerta 1, en mangas de camisa.)

Bas. ¡Pero, Angela, qué manera de tardar!

Ang. Ya voy, señorito; ya voy. (Marchándose ambos por puerta 1.) No estaba en el armario que usted me dijo, y...

(Vanse. Un tiempo. DOÑA MATILDE, puerta 17: va á puerta 6.)

Mat. Agustina, ¿te falta mucho?

Char. (Su voz por puerta 6.) No, no; en seguida salgo.

(Pequeña pausa. Doña Matilde pasea y mira al jardín por la rotonda. DON LEANDRO, puerta 17.)

Lean. Ea, listo. ¡Vaya viajecito!

Mat. A mí me entusiasman los viajes así.

Lean. ¿Y á mí? Con fruición. En verdad que mi pobre hermano se desvive por distraernos. Ya ves, con lo muchísimo que tiene que hacer...

Mat. Todos, todos los de esta casa son encantadores.

(CHARITO, puerta 6.)

Char. ¿Vamos?

Lean. Cuando querais.

Char. ¿Y papá?

Lean. Aún no le visto.

Mat. Estará en el despacho dando las últimas disposiciones.

(DON BASILIO, puerta 1.)

Lean. Ya le tenemos aquí.

Bas. (Saliendo puerta 1. Sale poniéndose el guardapolvo y seguido de ÁNGELA, la cual trae una maleta.) ¿Estais listos?

Lean. Sí.

Bas. Pues vamos. (Hace un gesto de dolor.)

Ang. ¡Pero, señorito, por Dios! ¡Si no ha echado usted en la maleta más que calcetines y elásticas.

Bas. ¿Y qué? Mejor. Ahora hace calor y no es necesario más ropa. (Hace un gesto de dolor. Vase Angela segundo término derecha.)

Lean. ¿Qué te pasa?

Bas. (Tras un momento de luchar con el dolor.) Nada. (Decidido.) Nada. (Decidido.) Vamos.

Lean. Vamos.

Mat. ¡Qué viaje más delicioso!

Bas. ¿Lo llevais todo? (Don Basilio hace un gesto de dolor.)

Char. Sí, papá, sí; vamos aprisa que perderemos el tren.

Bas. No lo digas. (Ya en puerta 3. No pudiendo resistir.) Espérense.

Char. No llegaremos.

Bas. (Con sudores.) ¡Ay! (Todos se sorprenden.) ¡Ay!

Char. ¿Pero qué te pasa?

Bas. (Señalándose al vientre.) Aquí, aquí...

Char. ¿Qué? ¿En la tripa?

Bas. Un dolor muy fuerte, muy fuerte... (Se sienta á la derecha. Todos le rodean.)

Lean. ¿Basilio? ¿Basilio?

Mat. ¡Estás muy pálido!

Char. ¡No te desmayes, papá, no te desmayes!

Bas. ¡Ay, qué dolor más grande!

Char. ¡Vaya, complicación! ¿Qué notas, di, qué notas?

Bas. (Señalándose al vientre.) Como si tuviera aquí un bull-dog con collar y todo.

(CAYETANO y EMILIO puerta 17. Se sorprenden y van al grupo formado por todos.)

Char. ¡Pobrecito mi papá, se ha puesto muy malo, muy malo!

Cay. ¿Pero qué ocurre?

Lean. Un dolor que le ha dado.

Cay. ¿Eh? (Se fija.) ¿Pero es de verdad?

Bas. ¡Así lo tuvieras tú, ladrón!

Char. ¡Miren, miren ustedes qué verde se pone!

Bas. ¿Me pongo verde? ¡Ay, marcharse vosotros; ya iré yo!

Lean. De ninguna manera, hombre; pues no faltaba más.

Bas. Dadme gusto.

Lean. No pienses ahora en el viaje, hombre.

Bas. Sí, Leandro; marcharos, marcharos.

Lean. ¡Pero qué manía te ha dado!

Bas. No es manía, no.

Mat. Tal vez con un poquitín de agua y bicarbonato..

Bas. No me deis más porquerías. La culpa la tiene precisamente aquel estúpido de Ruy-Gómez.

Char. Y es verdad. El de las bolitas.

Bas. Ese, ese... ¡Ay!

Emi. Con un par de horas de cama, todo pasará.

Mat. ¡Qué disparate! Ahora se acuesta, y hasta mañana, por lo menos, no le dejamos levantar.

(Cayetano ofrece un vaso de agua á don Basilio, éste lo rechaza. Cayetano se bebe el vaso de agua.)

Bas. ¿Eh?

Mat. Nada. Tu hija y yo nos oponemos de un modo terminante. ¿Verdad, Agustina?

Char. Naturalmente.

Lean. Y que para eso estamos nosotros aquí.

Bas. ¿No me dejaréis levantar hasta mañana?

Mat. No.

Char. Ya lo oyes.

Bas. Pues entonces... ¡Maldita sea mi estampa!...

(Se desmaya. Todos solícitos con don Basilio.)

Char. ¡Ay, Dios mío! ¡Se ha desmayado!

Cay. Eso no es nada.

Mat. Vamos á llevarle á la cama.

Lean. Eso es. Vamos.

(Todas estas últimas réplicas muy rápidas. Todos rodean á don Basilio y le llevan por la puerta 1. Cayetano, incrédulo, se sienta á la derecha. Siente algún dolor en el vientre. Telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración del acto segundo. Mes de Septiembre; por la tarde

(DON BASILIO, sentado cerca de la mesa 14, envuelto en varias mantas. Don Basilio está dormido. Un tiempo. DOÑA VICENTA, AGUSTINA y ANSELMO puerta 3.)

Vic. (A Anselmo.) ¿Por qué no nos avisaron en seguida?

Ans. El señor no lo quiso de ninguna manera. (Viendo á don Basilio.) Ahí está el señor.

Vic. ¡Ah! ¿Está dormido?

Agus. ¡Chist! Sí, mamá; está dormido. ¡Qué mal color tiene!

Vic. ¿A ver? (Se aproxima á don Basilio. Tras un momento.) ¡Pobrecillo!

Ans. ¿Aviso á la señorita?

Vic. ¿Cómo?

Agus. ¿A la señorita?

Ans. Sí, señora.

Agus. Pero...

Vic. Vaya usted, vaya usted. Dígale que venga en seguida.

Ans. Bien. (Vase Anselmo puerta 6.)

Agus. (Con sorpresa y extrañeza.) ¿Comprendes tú, mamá?

Vic. Ni una palabra, hija mía, ni una palabra. Si parece que no estamos en nuestra casa. ¿A qué obedece este cambio radical de criados? No hemos visto más que gestos de sorpresa y de malhumor. Antes, cuando encontramos en la calle á Emilio, se turbó; parecía contrariado; no sabía qué decirnos.

Agus. ¿Y quién puede ser esa señorita?

Vic. No lo sé. En fin, como se nos ha querido

ocultar la indisposición de tu padre, tal vez... Pero esa misma enfermedad... (Don Basilio se mueve)

Agus. ¡Chist! ¡Que ya despierta!

Vic. Pues tengamos mucha prudencia.

Bas. (Como soñando.) ¡Pero qué... bruto eres, Cayetano!

Agus. ¡Cómo!... ¿Estará delirando?

Vic. Eso parece. ¡Calla! ¿Basilio? ¿Basilio?

Bas. (Despertando.) ¿Quién? (Reconociendo á Vicenta y Agustina.) ¡Ah!... (Casi se desmaya.)

Agus. ¡Pero, papá!

Vic. ¿Basilio?

Agus. ¡Papá!

Vic. ¡Oye, Basilio!

Bas. (Fijándose en Agustina y en doña Vicenta y dominándose) ¡Qué alegría más grande! ¿Sois vosotras? (Va á levantarse.)

Agus. Las mismas.

Bas. ¿No estoy soñando?

Vic. No, no te levantes.

Agus. ¿Quieres darme un beso muy fuerte, papaíto?

Bas. ¡Ya lo creo! (Se besan.)

Agus. ¿Te encuentras mejor?

Bas. Mucho mejor y muy contento. ¿No me notais la alegría? (Se quiere levantar.)

Vic. Que no te levantes, hombre.

Bas. ¿Pero por qué?

Vic. El médico lo debe haber prohibido.

Bas. No; ya estoy dado de alta.

Vic. ¿Pero qué te pasó?

Bas. Casi nada. Una indisposición muy inoportuna...

Vic. ¡Vaya por Dios! Es que no puedo separarme de ti, Basilio. Tienes que convencerte.

Bas. Verdad. He pasado unos apuros por no estar tú conmigo...

Vic. Pues nosotras debíamos haber llegado anteayer; pero los de Heredia, ya los conoces, nos invitaron á su finca, con tanta insistencia, que no pudimos eludir el compromiso.

Bas. ¡Qué excelentes amigos!

Agus. Bueno; yo me voy á arreglar un poco. (Intranquilidad en don Basilio.)

Vic. ¿Subieron el equipaje?

Agus. Sí; hace un rato. Hasta luego. (Se dirige á puerta 6.)

Vic. Vete con Dios.

Bas. Espérate, Agustina, espérate.

Agus. ¿Qué quieres, papá?

Bas. Nada, nada; es que...

Vic. ¿Qué quieres, hombre?

Bas. Nada; estoy muy nervioso. (Extrañeza en doña Vicenta y Agustina.) Os tengo que contar tantas cosas... y la alegría, la satisfacción... (Como recordando.) ¡Ah!... ¿No sabéis?... Están aquí Leandro y Matilde.

Vic. ¿De verdad?

Agus. ¿Es posible?

Bas. Ya lo creo que es posible. Vinieron de sorpresa y...

Vic. ¡Pero, Basilio, por Dios! ¿Como no has dicho nada?

Bas. Porque... he estado ocupadísimo estos días. No os podeis imaginar el trabajo que he tenido.. Además, mi indisposición...

Vic. ¿Y en dónde están?

Bas. ¿Quién? ¿Leandro y Matilde? Aquí, en casa.

Vic. Naturalmente.

Agus. ¡Qué alegría! Con los deseos que yo tengo de conocerlos. Sin duda les habrás instalado en el pabellón de la galería... ¿Verdad?

Bas. Justo. En todo el pabellón.

Vic. Vamos, vamos á verles en seguida, Agustina.

Agus. Vamos...

Bas. No, no incomodarse; no están en casa ahora. Salieron hace un momento...

Agus. ¡Cuidado con no decirnos nada!

Vic. Es que tu padre parece tonto muchas veces. (CHARITO con una taza de caldo puerta 17.)

Bas. Muchas veces, ¿eh? No me piropees delante de Agustinita, mujer...

Char. (En puerta 17.) Viene calentito y á punto, don Basilio.

Bas. ¡Aprieta! ¡El sopicaldo! (Hace señas á Charito.)

Char. Buenas tardes, señoras. (Con mucha extrañeza.)

Vic. (Con mucha extrañeza.) Muy buenas...

Bas. (Queriendo dominar la situación.) Traiga, traiga el sopicaldo, señora. (Charito da la taza de caldo á don Basilio. A Charito.) ¡Son ellas!

Char. ¡Ah!

Bas. (Toma el caldo.) Tengo la satisfacción de decirle que ha llegado mi familia. (Presentando.) Mi señora. Mi hija.

Char. Tanto gusto. (Saludos.)

Vic. Y esta señora es...

Char. Pues yo soy...

Bas. ¿Cómo? ¿Pero no os lo he dicho?

Vic. No, hijo, no; no nos has dicho absolutamente nada.

Agus. Ni á mí Emilio tampoco.

Bas. ¡Qué memoria la mía!... ¡Y qué memoria la de Emilio!

Char. Hay que disculparles, señoras; don Basilio ha estado muy enfermo. Fué un ataque muy serio...

Vic. ¿De verdad?

Bas. No exagere usted y no las alarme... Pues esta señora es.. Es una amiguita de Cayetano... (Extrañeza en Vicenta y Agustina.)

Char. Servidora.

Bas. Rosario Sierra. Charito, como le llamamos los agradecidos á su abnegación y á su caridad...

Char. Don Basilio, por Dios... Que me confunde usted...

Bas. No, no la confundo.

Vic. ¿De manera que esta señora es...?

Bas. Una amiguita de Cayetano; ya te lo he dicho, Vicenta.

Vic. Pero como la encuentro de enfermera...

Bas. ¡Claro! A eso ha venido á esta casa...

Vic. ¡Ah!

Char. Sí, señora; de enfermera.

Bas. Verás. Ya conoceis á Cayetano y sabeis que me quiere y me respeta como á nadie. Cuando me vió enfermo y solo...

Vic. ¿Pero no estaban aquí Leandro y Matilde?

Bas. No habían llegado todavía, mujer. Cuando Cayetano me vió enfermo y solo, en seguida me dijo: «No te preocupes, Basilio. Te traeré para que te cuide como Dios manda á una amiguita.» Y me trajo á esta señora, que es la bondad personificada, una especie de Hermana de la Caridad... Eso es todo lo que ha pasado...

Vic. Pues, señora, no sé cómo agradecerle...

Char. No me tiene usted que agradecer nada. Don Cayetano me suplicó esta obra de misericordia y lo que don Cayetano me suplica es orden para mí...

Agus. ¿Le está usted reconocida?

Char. ¿A don Cayetano? Muchísimo. Lo que he hecho no merece la pena de recordarlo siquiera...

Bas. Es asombrosa la modestia de esta señora. No la conoceis; os encantará como á mí me tiene encantado. ¿Pero no queríais arreglaros un poco?

Vic. Es verdad.

Bas. Pues vayan ustedes. Charito os acompañará y os presentará la nueva servidumbre... ¿Verdad, señora?

Char. Como usted quiera.

Vic. Y apropósito, Basilio...

Bas. Ya sé lo que vas á decirme. Por qué he despedido á todos los criados... ¿No es eso?

Vic. Efectivamente...

Bas. Pues, porque... no te puedes imaginar lo que me pasó. Ya te explicaré. Una especie de huelga doméstica. ¿Verdad, señora?

Char. Sí, sí; huelga, huelga.

Bas. Ya te explicaré. Ahora no quiero molestarte con cosa tan baladí... Debeis estar cansadas del traqueteo del viaje y... no tiene importancia. Vayan, vayan ustedes...

Vic. Bien; hasta luego.

Agus. ¿Necesitas algo, papá?

Bas. Nada, hija. Me encuentro perfectamente.

Vic. Pues hasta ahora. (A Charito. En puerta 17.) Pase, pase usted...

Char. Bien. (Vanse puerta 17 Charito, doña Vicenta y Agustina.)

Bas. (Sentándose á la derecha. Don Basilio está muy preocupado. Un tiempo.) ¡La emigración! (Un tiempo. CAYETANO puerta 3.)

Cay. Muy buenas, Basilio.

Bas. ¡Hola, capitán!

Cay. ¿Cómo capitán?

Bas. Dispensa, hombre. Me creía en un transatlántico. (Un tiempo.)

Cay. ¿Y qué? ¿No me preguntas nada?

Bas. ¿Cómo?

Cay. ¿Pero qué pasa? ¿Te encuentras peor?
Bas. No.
Cay. Te traigo una gran noticia. Verás cómo te alegra.
Bas. ¿De verdad?
Cay. Tres días más son nuestros...
Bas. ¿Sí?...
Cay. Como lo oyes. Doña Vicenta y Agustina no regresarán á Madrid hasta el sábado; y estamos á miércoles... Conque ya ves... A mí me parece que en estos días podemos buscar una solución decente...
Bas. Pero... ¿tú las has visto?
Cay. ¡Claro! Y me dijeron que como el calor volvía á apretar... (Agustina puerta 17.) de un modo sofocante...
Agus. Oye, papá.
Cay. (Completamente abatido.) ¡Caray, sofocante!
Agus. ¡Calla! Si es don Cayetano. Buenas tardes.
Cay. Muy buenas...
Bas. (Tras un momento.) Hombre, sé fino y pregúntale cómo ha llegado.
Cay. Y es verdad. Perdone usted, señora, mi turbación. ¿Cómo han llegado ustedes? Porque supongo que su mamá también habrá venido.
Agus. Sí, señor. Pues muy bien, gracias.
Cay. Me alegro.
Agus. ¿He dejado por aquí mi bolso de mano? (Viendo un bolso de mano que antes dejó en mesa 14.) ¡Ah!... sí... (Coge el bolso de mano.) Pues hasta luego y tanto gusto en verle, Cayetano.
Cay. Bien venida, señora.
Agus. (Como recordando.) ¡Ah! Su amiguita de usted es una chica excelente...
Cay. (Con extrañeza.) ¿Mi amiguita?
Bas. Claro, hombre. Pareces tonto.
Cay. ¡Ah! .. sí, sí... Ya lo creo... Excelente... Tengo muy buenas amistades.
Agus. Hasta ahora.
Bas. Vete con Dios. (Vase Agustina puerta 17. Cayetano no sabe qué hacer. Don Basilio y Cayetano se miran fijamente. Un tiempo.) Bueno...
Cay. ¿Qué? (Queriendo marcharse.) Con tu permiso...
Bas. No, no...
Cay. Pero...

Bas. Que no te marchas. Ya te escucho. Habla...

Cay. Basilio. Yo te aseguro que...

Bas. Ya te escucho. Pocos rodeos. La verdad escueta...

Cay. ¿Y tú? ¿Puedes decirme quién es esa amiguita mía?

Bas. No te importa. Pocos rodeos, Cayetano. Habla.

Cay. Pero...

Bas. Eres un sinvergüenza...

Cay. Esa palabra, Basilio...

Bas. Te parece pálida... ¿verdad? ¿Qué te proponías con engañarme, dí? ¿Es que te has vendido al enemigo?...

Cay. Basilio...

Bas. Todo ha terminado entre nosotros. Ya puedes buscar colocación. Desde ahora mismo te suspendo de empleo y sueldo.

Cay. Me estás matando con esas frases...

Bas. Eres un hipócrita. ¿Dónde has estado? Ayer tarde me dijiste que ibas á «Los parrales».

Cay. (Hincándose de rodillas.) Perdóname, Basilio, perdóname.

Bas. ¿Eh? ¿A qué viene esa postura de penitente? Levántate...

Cay. (Se levanta.) Sí; soy un granuja, un mal caballero... La noche última, en vez de ir á «Los parrales», la he pasado... la he pasado... de juerga...

Bas. Caramba. ¿Cómo de juerga?

Cay. Sí, Basilio, sí... Estoy enamorado como un burro.

Bas. ¿Tú?

Cay. ¿No me ves en la cara desde hace días un gesto de pena, una gran inquietud?

Bas. No me he fijado.

Cay. Pues existe ese gesto; y ese gesto es mi amor; y ese amor es... Marta de Trueba...

Bas. ¿Qué me cuentas? ¿Aquella jamoncita que hice pasar por esposa tuya en Costabella y que era... mi, vamos, una de mis predilectas amiguitas?

Cay. La misma...

Bas. Cayetano... Se te han extraviado los sesos y el respeto á tu jefe...

Cay. No te sorprendas aún. Oyeme. Marta me quiere.

Bas. Como á mí. No seas novato. Te engaña como á todos.

Cay Es lo mismo...

Bas. Bueno; ese es el camino. Adelante.

Cay. En pocas palabras. Marta es mi amante.

Bas. ¡Me asombras!

Cay. No te asombres todavía. Hay más.

Bas. Pero, Cayetano... El tener amantes resulta muy caro y tu posición...

Cay. Ya lo sé, Basilio; ya sé que resulta muy caro... Por eso debo á la Caja diez mil pesetas...

Bas. ¿Cómo?... ¿Tú?...

Cay. Ahora, ahora es la ocasión de asombrarse...

Bas. ¡Caray, ya lo creo!

Cay. Dime que me suicide y me alojo una bala en el cráneo. Dime que me perdonas y te devolveré como pueda y cuando pueda esa cantidad que...

Bas. ¡Conque de juerga!... Pero es posible que tú, el hombre sin mancha...

Cay. Perdóname. Que tu perdón será agua bendita para mí. Te lo juro...

Emi. (Su voz puerta 2.) Que no, tíos; que están ustedes equivocados...

Bas. (Fijándose en puerta 2.) ¡Chist! Ya hablaremos...

Lean. (Su voz por puerta 2.) Esto es intolerable...

(Se oye por puerta 2 medias palabras, voces de discusión de don Leandro, Emilio y doña Vicenta.)

Cay. Pero...

Bas. Ahora márchate... porque no respondo de mí y no quiero que te vean.

Cay. ¿Me perdonas?

Bas. Ya te he dicho que hablaremos...

Cay. Estoy arrepentido; sé piadoso; que no sirva tu mejor amigo de chacota.

Bas. Vete, Ignacio de Loyola, vete.

(Vase Cayetano puerta 17 muy triste y muy contrariado. Don Basilio se dirige á puerta 2 pensativo y malhumorado.)

Lean. (Su voz por puerta 2.) Repito que esto es intolerable y vergonzoso.

Bas. (En puerta 2.) ¿Qué pasa?

Lean. (Desde dentro.) ¡Ah! ¿Estás ahí? Me alegro.

Bas. ¿Qué ocurre?

(DON LEANDRO, DOÑA MATILDE y EMILIO, puerta 2)

Emi. Que los tíos se han empeñado en sostener que Agustina no es Agustina...

Bas. ¿Eh? ¡Qué ocurrencia!

Lean. Ha sido un engaño inconcebible.

Mat. Y que no estamos dispuestos á tolerar. ¿Tú te enteras?

Bas. No entiendo una palabra.

Emi. Eso mismo les he dicho yo.

Lean. ¿Conoces á don Rodrigo González?

Bas. Sí. Una lengua viperina. ¿Y qué?

Mat. Pues ese caballero...

Lean. Tú, cállate, Matilde. Haz el favor de dejarme á mí. Don Rodrigo González, íntimo amigo de esta casa, nos ha dicho que, tanto mi esposa como yo, somos unos solemnísimos primos al creernos que Charito Sierra, la genial cupletista, es nuestra sobrina Agustina.

Bas. ¡Qué atrocidad! Lo que os dije; una lengua viperina.

Mat. ¿Qué tienes qué responder á semejante afirmación?

Emi. Que es un disparate.

Bas. No, Emilio, no. Digamos la verdad. Basta de quijotismo. (Sorpresa en todos. Con fingida pesadumbre.) Que nadie nos oiga, por Dios... (Mira á todos lados.) Un grave secreto y una triste historia escandalosa pesa sobre esta casa, queridos hermanos. (Sorpresa en todos y más aún en Emilio.) No, Emilio, no; no me hagas gestos. No puedo escucharte. Más que he hecho por callar es imposible, pero ya lo ves. Nos calumnian, nos menosprecian, y no debemos ni podemos permitir que nos menosprecien.

Emi. Tiene usted razón; diga lo que quiera... ¡Qué remedio.

Bas. Mis hermanos tienen sentido común y lo que digamos aquí quedará sepultado en una discreción de sarcófago...

Mat. Pero, habla, hombre...

Lean. ¿Qué secreto nos tienes que descubrir?

Bas. (Con misterio.) Esa Charito Sierra que os pre-

sentamos como vuestra sobrina Agustina, no es Agustina, no; pero es sobrina vuestra.

Lean. ¿Cómo?

Emi. ¡Caramba, don Basilio!...

Bas. Ya te he dicho, Emilio, que hemos de decir la verdad...

Lean. Explícate...

Bas. En el proceloso mar de la vida naufragó la pobre criatura. Todos aquí somos víctimas de un hombre infernal, de un hombre capaz de los mayores horrores con su máscara de bondad, hermanos de mi alma. (Con más misterio.) Y ese hombre le conocéis vosotros; es mi secretario, Cayetano Farfán, el que os presenté en Costabella con el nombre de Jaime Villanueva. (Admiración en todos, más aún en Emilio.) Porque es el adoptado por ese verdugo para sus correrías en el Norte de España.

Lean. ¿Pero el imperio y dominio de ese hombre á qué son debidos?

Mat. Yo creía que ese Cayetano ó ese Jaime era un bendito de Dios, vamos, un infeliz...

Bas. Cáscara, Matilde, cáscara. El fruto está podrido; pero mucha discreción por Dios.

Mat. Te lo prometemos, hombre...

Bas. Cayetano es hijo natural del padre de mi esposa...

Mat. ¡Ah!...

Lean. ¿Luego es hermano natural de Vicenta?

Bas. Naturalmente.

Emi. (Admirado.) ¡Aprieta!

Bas. Y ese granuja, con su carita de niño bueno, siempre nos amenaza con el escándalo, cosa que costaría la vida á Vicenta y á Agustina.

Emi. Y perjudicaría mucho á la Banca.

Bas. Muchísimo.

Lean. ¿Entonces la pobre Charito?...

Bas. La mayor víctima de su padre...

Mat. ¿Pero quién es su padre?

Bas. Cayetano, mujer.

Mat. ¡Pobrecilla! ¡Qué desgracia más grande!

Bas. Pues por eso os engeñamos en Costabella. ¿No comprendéis?

Mat. No.

Lean. Ni yo...

Bas. Me extraña, porque nunca habéis sido torpes.

Mat. Es muy tenebrosa esa historia, Basilio.

Bas. Pero está clara, adorados hermanos. Emilio y yo habíamos ido á Costabella, para negociar unas minas de asfalto y betunes monolíticos, y allí nos encontramos con Cayetano y su hija Charito. ¡La pobre!... Si viérais lo que sufre...

Mat. Tan alegre como parece la infeliz.

Bas. Su padre la obliga á ser cupletista y la explota.

Mat. ¡Qué hombre!...

Bas. Repulsivo.

Mat. Ahora comprendo el por qué viváis tan separados.

Emi. ¡Claro, tía!

Lean. Pero debíais habernos hablado con franqueza desde el primer momento, Basilio.

Bas. Imposible.

Mat. Pues yo no puedo consentir de ninguna manera que un pelagatos como ese Cayetano os tenga sumidos en semejante yugo. ¿Verdad, Leandro?

Lean. Desde luego, y ahora mismo vamos á despejar la situación.

Bas. Acordaos de la discreción del sarcófago que os he rogado... Si se enteran Vicenta y Agustina del tal deshonra; y de que en la familia hay cupletistas y casi apaches...

Mat. No se enterarán, hombre. Y sobre todo no estando aquí...

Bas. Sí, están aquí, en casa; han llegado hace un momento.

Mat. (Con mucha alegría.) ¿De verdad?

Bas. De verdad.

Lean. ¿Pero las auténticas?

Bas. ¿Cómo las auténticas?... Pues claro. (Señalando puerta 6.) Ahí, en sus habitaciones, deben estar. Nada os he dicho por lo que ya sabéis.

Mat. ¡Ay, qué alegría! Vamos, vamos á verlas enseguida. ¿Me acompañas, Leandro?

Lean. Vé, vé tú; en seguida voy yo. Antes tengo que hablar con Basilio...

Das. ¿Conmigo?

Lean. Sí.

Bas. ¿Emilio? Vé con tu tía y...

Emi. Sí. Voy con usted. Verá usted qué alegría van á tener esas señoras... (Se dirigen á puerta 6.)

Bas. Y por Dios, Matilde, no vayas á decir nada de lo hablado á Vicenta ni á Agustina. Ellas se creen que Charito no es más que una amiguita de Cayetano. ¿Comprendes? Lo he podido arreglar así. Toda prudencia es poca porque si se escaman...

Mat. ¿Me crees tonta, Basilio? Vaya, hasta luego.

Bas. ¿Emilio?... Mucho cuidado.

Mat. (Llamando y haciendo mutis.) ¿Vicenta? ¿Agustina? ¿Dónde estáis? (Vanse puerta 2 doña Matilde y Emilio.)

Bas. (Tras un momento.) ¿Qué quieres decirme, Leandro? Te encuentro muy preocupado. Supongo que ya no os marcharéis. Mi sinceridad...

Lean. Mira, Basilio; déjate de sinceridad. En Yokohama existen unas higueras gigantescas y descomunales, desde donde se divisan kilómetros y más kilómetros de horizonte, por eso allí es costumbre arraigada subirse á dichas higueras para que no sean posible las emboscadas ni las sorpresas.

Bas. ¿Y á qué viene ese cuento tártaro-japonés?

Lean. A decirte que yo estoy subido en la higuera.

Bas. Mira, Leandro, que aquí no estamos en Yokohama, ni conocemos esas higueras.

Lean. Huelga la observación. Escúchame.

Bas. Pero no me hables en metáfora, ni con perífrasis botánicas. Te lo suplico.

Lean. Perfectamente. Pues hablemos á la pata la llana.

Bas. Eso es; ya te escucho...

Lean. ¿Basilio? Eres un grandísimo embustero.

Bas. ¿Leandro?

Lean. No, no te molestes por el epiteto, hombre.

Bas. Es que...

Lean. No te puedes imaginar lo que me convienen tus mentiras y tus embrollos.

Bas. ¿Qué me cuentas?

Lean. Se me ha quitado un peso enorme de encima. No me cabía en la cabeza que tú fueras un prototipo de esposos y un modelo de hombres de hogar. Estaba inquieto, con mal humor. Te lo confieso. Vine á España y á tu casa pensando en la vida que llevábamos hace treinta años. ¿Recuerdas? Aquella vida ligera y de traqueteos, llena de sonrisas y de juergas...

Bas. ¡Ah! Todo pasó, Leandro, ahora...

Lean. Que no seas embustero. Mira que nos enfadamos.

Bas. ¿No me crees?

Lean. Que nos enfadamos, Basilio. A mí, no me engañas más. Charito Sierra es tan hija de Cayetano como Cayetano hermano de Vicenta.

Bas. Pero...

Lean. Déjate de pamplinas y vamos á destaparnos. Cayetano es un pingüino que te sirve de tangente y de pararrayos á discreción.

Bas. ¿Cómo? ¿Acaso crees tú que?...

Lean. (Con misterio y mirando á cada lado.) Y Charito Sierra es... un encanto de criatura con más metraje que una película policíaca.

Bas. Mucho más larga...

Lean. Escucha el epílogo. Esa chiquilla me tiene transtornado hasta el punto de haber pensado matar á Emilio... y á ti...

Bas. ¿Leandro? ¿Qué me dices?

Lean. Lo que oyes.

Bas. A mí sí que me extrañaba que tú no fueras... lo que eres. Hermano mío, dame un abrazo. (Se abrazan.)

Lean. ¿Estamos de acuerdo?

Bas. Si siempre lo estuvimos. ¿No es cierto? No nos separaba más que... la diplomacia conyugal.

Lean. ¿De manera que Charito Sierra es libre?

Bas. Completamente libre.

Lean. ¿Y puedo insinuarme?

Bas. Completamente libre; pero poco á poco, ¿eh? porque hay que tener en cuenta que Matilde...

Lean. No te preocupes, hombre. Es una santa y una infeliz. Vamos, una especie de Cayeta-

no con faldas. Matilde tiene muchos millones y no hemos congeniado. ¿Comprendes?

Bas. Bueno, bueno. ¿De manera que tú?...

Lean. Como tú, hombre. Del mismo padre y... del mismo abuelo. Es cuestión hereditaria las juergas en nuestra familia.

Bas. Tienes razón. Atavismo, puro atavismo. No es nuestra la culpa. Esas afecciones se heredan como se hereda la tuberculosis ó el reuma.

Lean. Naturalmente. Estoy contentísimo, Basilio... ¿Porque supongo que Charito podrá hacer una tournée por Yokohama y Tokío?...

Bas. No, no; eso sí que no. Es muy expuesto y...

Lean. Pues aquí no la dejo...

Bas. ¿Pero y tu mujer, Leandro?

Lean. ¡Bah! Ya te he dicho que es una infeliz. Con tu historieta la convenceré y me sobrará. Lo importante es que hablemos cuanto antes con Charito; y que sepa que yo soy de los vuestros.

Bas. Si llego á sospechar siquiera tu sicalipsis en seguida iba yo á pasar los malos ratos que he pasado.

Lean. Porque eres miope. (AGUSTINA y CHARITO puerta 6.) Pero, dime Basilio...

Bas. ¡Chist! Que vienen...

Agus. (En puerta 6.) ¿Tio? ¿Tío?

Lean. Es Agustina, ¿eh?

Bas. Sí, hijo, sí.

Lean. ¡Hola, salada! Venga un abrazo.

Agus. ¡Qué alegría! (Se abrazan.)

Bas. Todo está arreglado, Charito.

Char. Sí, ¿eh? Pues necesito mil pesetas más, don Basilio.

Bas. Pero...

Char. Lo dicho ó descubro...

Bas. Tuyas son...

Agus. Mi madre está enfadadísima con usted.

Lean. ¿Por qué? Vamos, vamos á verla. Verás qué pronto se le quita el enfado.

Agus. ¿Nos acompaña usted, Rosario?

Char. No; vayan ustedes.

Agus. Pues espérenos...

Char. Desde luego...

Agus. ¿Papá?

Bas. ¿Qué quieres, hija?

Agus. No dejes marchar de ninguna manera á Rosario.

Bas. Descuida.

Char. Pero como usted comprende, señora, mis ocupaciones...

Agus. No comprendo nada...

Lean. Muy bien dicho. Que no se marche, Basilio...

Agus. En seguida volvemos. Ande usted, tío.

Lean. Vamos, vamos. (A Basilio.) Que no la dejes marchar. (Vanse puerta 6 Agustina y don Leandro.)

Char. Y punto. Ahora me marcho y dentro de una hora estarán aquí por mi equipaje...

Bas. No te marcharás antes de que me expliques tu deslealtad y tu traición.

Char. ¿Cómo?

Bas. ¿De manera que haciéndole el amor á mi hermano Leandro?

Char. ¿Yo haciendo el amor á un viejo verde semejante? Al revés... Él, él sí que... tiene un modo de mirarme, y... sobre todo, de colocar las manos cuando me abraza, que...

Bas. ¿Pero en dónde he tenido yo los ojos, caray? Basta, Charito, y no hables mal de Leandro que es un buen correligionario...

Char. Y un fresco al mismo tiempo.

Bas. Bueno, bueno; no le biografíes...

Char. Oiga usted, don Basilio... En confianza... ¿Son verdaderos los millones de su hermano?

Bas. ¿Y á ti qué te importa, Charito?

Char. Es que no conozco el Japón y...

Bas. No bromees, ¿eh?

(DOÑA VICENTA, DOÑA MATILDE, AGUSTINA y EMILIO y DON LEANDRO, puerta 6.)

Vic. (En puerta 6.) Basilio tiene la cabeza á pájaros...

Lean. Hay que disculparle, Vicenta...

Agus. ¿Pues y Emilio?

Emi. Yo, hija, no era el llamado á decir nada...

Bas. ¿Por qué se habla mal de mí?

Mat. Por nada, hombre, por nada...

Vic. (A Charito.) Me parece que ya estará usted convencida de que al menos debe quedarse á comer con nosotros...

Char. ¿Señora, yo?... Lo siento muy de veras, pero...

Mat. ¿Y si yo se lo suplico? Usted sabe que no debe negarme nada...

Char. ¿Por qué?

Mat. He hablado mucho con Basilio y sé lo que sé...

Char. ¿Y qué?

Bas. (A don Leandro.) Que lo va á echar á perder todo tu esposa...

Lean. Vamos, vamos. Esta señora será complaciente y...

(CAYETANO puerta 17.)

Cay. Con permiso, Basilio... Buenas tardes. En el despacho espera don Fernando Hinestrosa...

Bas. Bueno; que espere...

Cay. Es que...

Mat. A propósito, Cayetano... ¿Pero no se extraña usted de que le llame yo, Cayetano?

Cay. Sí que me extraña... Ya lo creo...

Bas. Pues no debías extrañarte...

Cay. No, no; si no me extraña .. Es que...

Mat. Bueno; lo que interesa es que usted convenza á Rosario para que se quede á comer con nosotros...

Char. ¿Eh?

Cay. ¿Que yo convenza á Rosario?

Mat. Pues claro; ¿quién mejor?

Bas. Sí, hombre, sí... Todos sabemos ya lo que ha pasado y quién eres tú... (Extrañeza en Vicenta y Agustina.)

Cay. Basilio. ¿Acaso le has dicho mi desquicie de pesetas?

Emi. Sí, hombre...

Cay. ¿Es posible? Me ahoga la vergüenza... Fué una ofuscación; yo pagaré... Bien castigado estoy...

Mat. No hay razón nunca para explotar á las hijas... ¿Me comprende usted?

Cay. ¿Cómo, señora?

Mat. Ya he dicho bastante.

Bas. Tienes razón, Matilde. Muy bien aplicada la alusión. No reboses...

Vic. ¿Pero acaso esta señora?...

Agus. ¿No es amiga de usted, Cayetano?

Cay. Sí, señora; pero no comprendo...

Bas. A lo menos no te hagas el desentendido...

¿Sabes? Porque si tú tienes mal carácter, yo tengo muy mal genio.

Cay. Pero...

Mat. Nada, Cayetano. Insista usted á Rosario. (Hablan don Leandro, doña Matilde. Cayetano y Charito. Agustina con Emilio.)

Vic. ¿Pero qué lío es éste, Basilio?

Bas. (Con misterio.) En pocas palabras: es un lío de tu yerno Emilio... ¿No comprendes? Y por la felicidad de Agustina, por nuestra hija, por nuestros hermanos debemos callar y sufrir... Ya te explicaré... Es vergonzoso...

Vic. ¡Ah!... ¡Pobre hija! (Siguen.)

Agus. (Con enfado á Emilio.) Que no, hombre, que no te creo...

Emi. ¡Chist! Calla...

Agus. ¿Qué lío es éste, Emilio?

Emi. En pocas palabras. Es un lío de tu padre... Y por doña Vicenta, que es tu madre, y por su felicidad debemos callar y sufrir. Ya te explicaré. Es bochornoso...

Agus. ¡Ah! ¡Pobre madre!.,. Por ella callaré...

Mat. (A Cayetano.) No se oponga á mis deseos... porque será inútil. Desde hoy yo me encargo de Charito Sierra y de su educación... La he de regenerar y redimir. Mal padre...

Cay. ¿Señora? Si yo no soy padre de nadie...

Mat. Charito corre de mi cuenta...

Char. ¿Cómo?

Bas. ¿Eh?

Lean. Muy sencillo. Que Matilde, con un alma saturada de altruismo, se encarga de Charito y de su porvenir, que puede envidiar una princesa mongola... (Extrañeza en todos.)

Char. Yo no soy ningún *bibelot* ni necesilo tutores.

Lean. No me salga usted con un desplante, alma mía, y admita el contrato... (Guiñándole.)

Char. Bueno; lo pensaré, don Leandro...

Mat. Yo sabré convencerla... Olvide usted á Cayetano Farfán ó Jaime Villanueva. Lo mismo me da... Es mi única exigencia...

Char. ¿Esa es su única exigencia? Pues convencida...

Emi. ¿Tíos? Me parece un disparate...

Agus. ¿Y á ti qué te importa?

Bas. ¿Pero os vais á llevar á Charito?

Mat. ¡Claro!

Lean. Sí, hombre, sí; es una obra de misericordia de mi señora, tú lo sabes mejor que nadie... (A don Basilio.) Y lo que siento es no poder llevarme á tu secretario Cayetano... ¿Me le prestas?

Bas. ¡Leandro!

Lean. ¿Qué hay?

Bas. Nada, hombre... Que eres mucho más sinvergüenza que yo... Mi enhorabuena...

(Telón.)

FIN DE LA OBRA

Obras de los mismos autores

Por un título.—Comedia en tres actos.

Afecciones.—Alta comedia en tres actos.

Amor y caridad.—Apropósito en un acto.

Hojas que caen.—Boceto de alta comedia en un acto.

Horas felices.—Colección de comedias de salón.

El club de los suicidas.—Fantasía trágica en dos actos, el segundo dividido en dos cuadros.

Los amigos de la noche.—Novela escénica, en un prólogo y cuatro actos.

El indígena.—Comedia en un acto.

La nueva escuela.—Comedia en un acto.

Las minas de Costabella.—Comedia en tres actos.

Precio: DOS pesetas